

¿He Sido Llamado? *Discerniendo la Convocatoria al Ministerio*

Este folleto fue preparado para tratar asuntos que tienen que ver con el llamado y el liderazgo en la iglesia local. A fin de ser congruentes con lo que nosotros creemos que la Biblia enseña claramente, el liderazgo pastoral dentro de los Ministerios Gracia Soberana está reservado para varones. Sin embargo es importante notar que tanto el hombre como la mujer son igualmente creados a imagen de Dios y son por lo tanto iguales como personas, en importancia y en dignidad delante de Dios. Como creyentes salvados por la gracia de Dios por medio del evangelio, el hombre y la mujer son co-herederos de la gracia de la vida, y ninguno puede reclamar un estatus o privilegio especial en la iglesia. Para una discusión más detallada sobre este tema, por favor visite nuestro sitio en internet (www.sovereigngracemin.org-<http://www.sovereigngracemin.org/>), específicamente las secciones referentes a nuestra Declaración de Fe (Statement of Faith) y a las preguntas que más frecuentemente se nos hacen .

¿Cómo puede él hacer eso?

Es una pregunta que tiene sentido en una función de magia, o cuando vemos a un individuo trepar por la pared de un barranco profundo, o lograr un golpe espectacular en un torneo de golf. Pero pareciera estar fuera de lugar en una reunión típica de la iglesia un domingo por la mañana. El ministro sube al púlpito para introducir a la iglesia a las glorias de la palabra de Dios. A lo largo del santuario se escucha el murmullo de las hojas al abrirse las Biblias y los discretos sonidos de una congregación preparándose para escuchar. Algunos se inclinan hacia delante, ansiosos por digerir una porción selecta de la Escritura. Otros están casi temerosos, pues este domingo vienen con un desesperado sentido de necesidad el cual esperan será aliviado por las palabras del ministro. Y aun hay otros que se sientan cómodamente, listos para evaluar, para soñar despiertos, o para disfrutar de una buena historia o un buen chiste. Pero un domingo cualquiera, algún individuo levanta la mirada hacia un hombre no muy diferente a él mismo y reflexiona: *¿Cómo puede él hacer eso?*

La Convocatoria—Explorando el Llamado al Ministerio

Casi todo hombre que ha trazado su rumbo para seguir al Salvador se ha sentado en ese asiento, al menos por un momento. Observando a hombres en el ministerio funcionar hábilmente en sus dones, ellos se han proyectado mentalmente hacia esa posición y han pensado.... *¿Cómo?*

Es la pregunta de hombres que desean saber si ellos podrían estar llamados a servir al Señor como una vocación. Para algunos es una consideración vaga y ocasional, mientras que otros tienen fija su atención en una visión aparentemente clara. La posibilidad llena de terror a muchos, regocija a unos cuantos, y prueba la humildad de cada uno. Pero para todos, la distancia entre el pulpito y la banca nunca es más grande que cuando consideran esa pregunta del llamado, pues detrás de ella está la verdadera pregunta: *¿Cómo podría yo hacer eso?* ¿Encontrarán la respuesta en alguna experiencia irrefutable como la ocurrida a Pablo en el Camino a Damasco? ¿Se resolverá el asunto con asistir a un Colegio Bíblico o a un seminario? ¿Es entrar al ministerio algo similar a buscar un empleo, en cuanto a tratar de empatar la capacidad con la oportunidad? ¿O es algo que "simplemente sucede" cuando todo cae en su lugar, como si fuera una enorme máquina espiritual traga monedas? ¿Cuál es, realmente, el proceso que conduce a un hombre al ministerio? Más al grano: *¿Cómo podrías tú hacer eso?*

Tal vez la pregunta del llamado es demasiado real para ti. Si así es, habrás notado que, aunque existe bastante material en cuanto a cómo ser un cristiano fructífero, y casi la misma cantidad en cuanto a cómo ser efectivo en el ministerio, no existe gran cosa en cuanto a cómo pasar de lo primero a lo segundo. Este folleto no fue diseñado como un mapa de caminos sino más bien como una ayuda para contribuir a dirigir tus pasos y tus pensamientos por sendas bíblicas mientras tú luchas con lo que ciertamente es una pregunta imponente y misteriosa: *¿He sido llamado?*

Presentando al Llamador

Las llamadas telefónicas hacen explotar a mis niños. Ya sea que estén leyendo, jugando, o cautivados por un libro, el familiar sonido desde nuestra cocina los impulsa a la acción y los dispara hacia el origen del sonido. Las colisiones son algo común. Después de todo, ¿quién sabe la diversión que pudiera resultar o la intriga que pudiera aguardar? Esta llamada podría alterar el resto del día, y tal vez aun el futuro distante. Podría traer información vital, o un gozo estupendo, quizá alguna aventura no anticipada.

Tal vez nosotros sólo necesitamos salir un poco más. En cualquier caso, mis hijos han reconocido algo importante. Las llamadas provienen de llamadores. Un teléfono timbrando es una prueba fehaciente de que alguien de afuera ha dirigido su atención hacia nosotros. Siendo los niños sabios y perspicaces que son, ellos se dan cuenta de que no pueden invocar una llamada. Ninguna cantidad de concentración o de deseo inducirá al teléfono a timbrar. La iniciativa del llamador es la clave. El Llamador Supremo, por supuesto, es Dios. Para entender cabalmente un llamado al ministerio, nosotros debemos ocuparnos primero con el Llamador y la naturaleza de sus llamados. Como escribe el Apóstol Pablo, Dios "nos ha llamado con un llamamiento santo" (2Tim 1:9). Nuestro auto-entendimiento como creyentes está fundamentalmente envuelto en la idea de que somos llamados por aquél que es el que llama.

Fiel es Dios, por medio de quien fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo, Señor Nuestro. (1ª Co 1:9).

Y a los que predestinó, a esos también llamó; y a los que llamó, a esos también justificó; y a los que justificó, a esos también glorificó. (Ro 8:30).

Pero nosotros siempre tenemos que dar gracias a Dios por vosotros, hermanos amados por el Señor, porque Dios os ha escogido desde el principio para salvación mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad. Y fue para esto que Él os llamó mediante nuestro evangelio, para que alcancéis la gloria de nuestro Señor Jesucristo. (2ª Tes 2:13-14).

El pastor y teólogo Sinclair Ferguson escribe, "En el Nuevo Testamento, una de las más frecuentes descripciones de un Cristiano con una sola palabra es que él es 'llamado'." El llamamiento al que hacen referencia estos pasajes no es un llamado al ministerio como vocación. Es algo mucho más profundo y fundamental, a lo cual los teólogos se refieren como el llamamiento eficaz. Wayne Grudem lo define de la siguiente manera: "El llamamiento eficaz es un acto de Dios el Padre, hablando a través de la proclamación humana del Evangelio, por el cual él llama a personas a él mismo de tal manera que

ellos responden con fe salvadora." Si vamos a verdaderamente entender la importancia del llamado, necesitamos captar que el ímpetu para llamarnos se origina en la mente e intención de un sabio, amoroso y soberano Dios. Y antes de llamarnos al ministerio, él nos llama a sí mismo.

El Instrumento para el Llamado—El Evangelio

Como lo mencionó anteriormente el Dr. Grudem, el llamado del evangelio viene por medio del evangelio. El Apóstol Pablo incluye varias estimulantes recopilaciones del evangelio en sus epístolas. A la iglesia en Éfeso, él escribe:

Y Él os dio vida a vosotros, que estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo según la corriente de este siglo, conforme al príncipe de la la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros en otro tiempo vivíamos en las pasiones de nuestra carne, satisfaciendo los deseos de la carne y de la mente, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás. Pero Dios, que es rico en misericordia, por causa del gran amor con que nos amó, aun cuando estábamos muertos en nuestros delitos, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia habéis sido salvados), y con Él nos resucitó, y con Él nos sentó en los lugares celestiales en Cristo Jesús, a fin de poder mostrar en los siglos venideros las sobreabundantes riquezas de su gracia por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Porque por gracia habéis sido salvados por medio de la fe, y esto no de vosotros, sino que es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para hacer buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas. (Efe 2:1-10)

Este densamente rico discurso recopila las maravillosas buenas nuevas que provienen del Llamador a los que son llamados. Pero el evangelio no es solamente buenas nuevas. Es el único mensaje relevante para nosotros que estamos "muertos en delitos y pecados" y quienes en nosotros mismos somos los legítimos herederos de la ira de Dios. Además, nuestras acciones, aunque no exclusivamente malvadas, no tienen ningún valor para ganar la aprobación de Dios. De hecho, nos deleitamos en las mismísimas inclinaciones que apresurarían nuestra destrucción final. Sin el evangelio, el Llamador es nuestro enemigo y nosotros vivimos hostilmente hacia lo que él tiene que decir. Sin embargo fue precisamente estando en esa condición cuando el Llamador habló y el llamado del evangelio vino. Este llamado no vino como una voz audible o como una visión angelical. Vino como una visitación personal —la encarnación del Señor Jesucristo. "Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros" (Juan 1:14). Pero tú no encontrarás el llamado de Dios únicamente en las enseñanzas de Jesucristo o en su vida sin pecado. Jesús vino fundamentalmente a entregar su vida en la cruz en rescate por nosotros—a restaurar por medio de su propia sangre sin pecado las líneas de comunicación y comunión que fueron rotas por causa de nuestro pecado. Es por medio de la sangre expiatoria de Jesucristo que una conexión con el Llamador es establecida. Y por esa conexión nuestros ojos y nuestros oídos son abiertos y los constantes llamados de Dios son escuchados y obedecidos. El evangelio es un llamado a salir de algo: la esclavitud y ceguera del pecado. Y también es un llamado a entrar a algo: una renovada comunión con el Dios que nos creó. Es el instrumento por el cual Dios emite su llamado eficaz a nosotros y somos traídos a una nueva vida y unión con Cristo sólo por gracia (Efe 2:5). El Pastor del siglo diecinueve Charles Spurgeon descubrió esta gracia del llamado de Dios de una manera memorable. Él escribe:

Una noche entre semana, mientras estaba sentado en la casa de Dios, yo no estaba dándole mucha importancia al sermón del predicador, porque no creía en lo que decía. Pero un pensamiento vino a mí como un rayo, *¿Cómo fue que tú llegaste a ser un cristiano?* Yo busqué al Señor. *Pero ¿cómo fue que llegaste a buscar al Señor?* En un instante la verdad brilló como un relámpago a través de mi mente —yo no lo hubiera buscado a menos que hubiera existido una influencia previa en mi mente para hacerme buscarlo. *Yo oré*, pensé dentro de mí, pero entonces me pregunté a mí mismo, *¿Cómo llegué a orar?* Fui inducido a orar por medio de la lectura de las Escrituras. *¿Cómo llegué a leer las Escrituras?* En efecto las leí, pero ¿qué me impulsó a hacerlo? Entonces, en un instante, pude ver que Dios estaba detrás de todo ello, y que Él era el autor de mi fe, y así la doctrina de la gracia se me dio a conocer, y de esa doctrina no me he apartado hasta este día, y yo deseo hacer esta mi confesión constante, "Yo le atribuyo mi cambio completamente a Dios."

El proceso bíblicamente informado de los pensamientos de Spurgeon lo dirigió a una conclusión estremecedora. Dios está "en el fondo de todo ello." Mientras que el propósito inmediato del Evangelio es rescatarnos, a fin de cuentas el evangelio no se trata de nosotros. Se trata de Dios y de Su gloria. Después de exponer las maravillas del evangelio, Pablo no concentró el asombro de sus lectores en Éfeso en su propio cambio de estatus debido al llamamiento eficaz de Dios, sino más bien en la gloria del Llamador: "*a fin de poder mostrar en los siglos venideros las sobreabundantes riquezas de su gracia por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús*" (Efe 2:7, énfasis añadido).

Llamados por medio del Evangelio El Evangelio tiene a la Cruz en su parte central. La convocatoria del Llamador es simultáneamente para Su gloria y para nuestra salvación. Lo que une la gloria del Llamador y la necesidad del que es llamado es la cruz de Cristo. En el sacrificio sustitutorio de Cristo, el pecado que se erguía como enemistad entre el Llamador y el llamado fue quitado de en medio para siempre (esto es ¡gracia asombrosa!) por la acción unilateral y no solicitada del Llamador. Eso es lo que Spurgeon quiso decir con "la doctrina de la gracia" —Dios glorificándose a sí mismo por medio de salvarnos a nosotros.

Así como la cruz es central en el evangelio, el evangelio es central en nuestro llamado. El evangelio establece una relación — una línea de comunicación inquebrantable—entre el Llamador y el llamado, así como una habilidad para responder a llamados futuros. Para el hombre que está considerando el llamado al ministerio, una comprensión firme del evangelio es vital. Edmund Clowney lo capta bien:

No existe un llamado al ministerio que no sea primero un llamado a Cristo. No te atrevas a levantar tus manos para bendecir a su pueblo en el nombre de Dios hasta que las hayas cerrado primero en súplica penitente por su gracia salvadora. Hasta que hayas hecho esto, el problema que enfrentas no es realmente tu llamado al ministerio. Es más bien tu llamado a Cristo.

Tu pregunta en cuanto al llamado no es simplemente posterior al llamado a Cristo. Está esencialmente unida a ese llamado. Debido a que nuestro llamado primordial es logrado a través del evangelio por la cruz, nos podemos regocijar en la exploración de un llamado al ministerio.

El Evangelio Establece al Llamador como el Punto Central de Cualquier Sentido de Estar Llamado. ¿Gira tu sentir de un llamado alrededor de tus habilidades, visión o desempeño? El llamado del evangelio dice más acerca de la gloria y la gracia de Dios que acerca de nosotros. Cuando Dios llama a un hombre al ministerio, ese hombre hará bien en recordar que tanto su salvación como su servicio provienen de Dios y tienen como propósito el volvernos a Dios. Como dice Os Guinness, "En primer lugar y por encima de todo somos llamados a Alguien' (*Dios*), *no a algo (como la maternidad, la política o el magisterio) o a algún lugar (como la zona centro de una ciudad o los linderos de Mongolia).*" Conozco a alguien que en cierta ocasión recibió una llamada telefónica del Presidente de los Estados Unidos en medio de la noche. Este hombre estaba trabajando para el Presidente y se había enfermado. El Presidente se había enterado que estaba enfermo y llamó para saber cómo estaba. El gesto conmovió profundamente a este hombre, pues aunque manifestó poco acerca de sí mismo, manifestó mucho acerca del llamador. De una manera mucho más profunda nuestro llamado, también, revela poco acerca de nosotros, pero mucho acerca de El Llamador.

El Evangelio Afirma nuestra Identidad en Cristo, no en un Llamado al Ministerio. Juan Calvino escribió, "Nadie puede ser llamado al oficio de la enseñanza excepto aquellos que de alguna manera ya han sido escogidos por Dios." Todas las cosas a las que somos universalmente llamados a ser como cristianos —siervos santos y amorosos, discípulos, hermanos, sufrientes, testigos, etc.—están arraigadas en nuestro haber sido escogidos por Dios y unidos con Cristo. Llamados como estos, los cuales no podríamos cumplir de un modo natural, se vuelven posibles cuando somos unidos con Cristo por medio de la cruz. Yo soy uno con Cristo, y no importa lo que pase con cualquier sentido específico de llamado que yo pueda tener, la cosa más importante y significativa acerca de mí es la realidad esencial de mi unión con Cristo.

El Evangelio promete Gracia Suficiente para Escuchar y Responder a cualquier Llamado al Ministerio. Si Dios fue capaz de alcanzar a un necio ciego, ¿será difícil para él comunicar su voluntad a alguien cuyo corazón ha sido abierto por Dios mismo para escuchar su voz? Si Dios fue capaz de hacer actuar su poder para salvación en un alma muerta por el pecado, ¿será difícil para él equipar y habilitar a su siervo para la obra del ministerio? Si Dios estuvo dispuesto a extender misericordia a un pecador rebelde y malvado, ¿no conducirá fielmente a su hijo querido hacia el rol en el reino de Dios que es lo mejor para él?

El Evangelio se convierte en el Mensaje del Ministerio. Los líderes se nos han dado para asegurar que el evangelio sea predicado y aplicado a la vida diaria de la iglesia. El propósito del ministerio procede de y gira alrededor de el *evangelion*. Quita el evangelio y el auténtico ministerio bíblico desaparece. D.A. Carson escribe,

Es algo muy común en la actualidad confesar que el evangelicalismo se está fragmentando. Hasta donde esto sea verdad, es absolutamente urgente que nosotros conscientemente nos concentremos en lo que es central —en el evangelio de Jesucristo. Eso significa que debemos decidir "no saber cosa alguna... sino a Jesucristo y a este crucificado" (1 Cor 2:2) exactamente de la misma manera que Pablo tomó esa decisión. Esto definirá nuestra visión del ministerio tanto como nuestra comprensión de la centralidad del evangelio. ““““

El Evangelio Garantiza un Lugar para Nosotros en el Plan de Dios, Independientemente del Papel a Desempeñar. ¿Te estás preguntando cuándo te levantarás de la banca para participar en el gran juego? ¿Te das cuenta de que las obras del ministerio (amar a Dios y a los demás, testificar, servir en la iglesia local, discipulado, etc.) son todas ellas expresiones de la obra de la cruz en nuestras vidas, y no un llamado exclusivo del ministerio? Como creyente, tú ya tienes un ministerio de tiempo completo: tener un impacto en este mundo. Como veremos, el llamado al ministerio contiene rasgos peculiares, pero esos rasgos son un realce de una vida que ya ha sido transformada por el evangelio de Jesucristo. Entrar al proceso de explorar un llamado al ministerio no significa desfallecer con desesperación mientras ves el reloj biológico del ministerio avanzar sin detenerse. Más bien significa regocijarse en la cruz y vivir una vida que proclama el evangelio. El evangelio es el mensaje del llamado de todo cristiano, pero es mucho más. Es la llave, el corazón, la esencia, de aquel llamado realmente importante: el Llamador llamando a los pecadores a sí mismo. Cualquier cosa que el Llamador te comunique en el futuro, en la cruz, él ya te ha comunicado la cosa más importante que él te podría decir. A la luz del inmerecido llamado del evangelio a pecadores como tú y como yo, la pregunta que más debería intrigarnos es una pregunta acerca de Dios mismo: *¿Cómo fue que él hizo eso?*

La Iglesia – El Contexto para el Llamado

Hemos visto que el llamado eficaz de Dios a una fe salvadora por medio del instrumento del evangelio es el fundamento de cualquier llamado de Dios sobre la vida de un hombre. Manteniendo esta "primera cosa en primer lugar" garantiza que el énfasis esté siempre en el Llamador, no en aquel que está siendo llamado. Una perspectiva de cualquier llamado al ministerio centrada en el evangelio, proporciona seguridad no sólo cuando se está explorando un llamado, sino también en medio de las pruebas del ministerio mismo.

"El Ministerio mismo." La frase presupone cierto entendimiento común de lo que el ministerio es y de cómo se lleva a cabo. Por tanto, nuestra siguiente tarea es establecer tal entendimiento.

El Llamador Invita a Todos los Creyentes al Ministerio A través de nuestra historia, nosotros los humanos hemos demostrado ser bastante aptos para encontrar cualquier supuesto factor de superioridad —ya sea raza, clase social, nivel de ingresos, educación, posición o algo más— en nuestra amplia gama de similitudes. Sin embargo, a esta peculiar colección de clases sociales en plena competencia, el Llamador introdujo una idea revolucionaria: líderes y seguidores quienes, aunque llamados a diferentes roles, son igualmente amados e igualmente apreciados por el Llamador.

Una de las grandes doctrinas recuperadas durante la Reforma fue el sacerdocio de todos los santos. Pasajes como 1 Pedro 2:9 ("vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio") y 1 Cor 12:12-27 (La analogía que hace Pablo de los Cristianos como miembros de un cuerpo, cada uno siendo esencial para el todo) rompen toda distinción ya sea sagrada o secular. Dado que todos los llamados al ministerio están igualmente cimentados en el llamado a Cristo, el ministerio formal o vocacional no es más sagrado que cualquier otro ministerio. A.W. Tozer da en el blanco: "No es lo que un hombre hace lo que determina si su trabajo es sagrado o secular, sino el por qué lo hace."

El Llamador Establece el Ministerio en la Iglesia Local Pero esta maravillosa visión de un ministerio multifacético será gravemente distorsionada si no se ubica en el contexto bíblico adecuado para el ministerio: la iglesia local. El Llamador no llama a hombres a un ministerio en aislamiento. La necesidad para el ministerio existe porque existe un contexto para el ministerio: la iglesia.

En la cultura individualista de la Cristiandad Occidental, particularmente, la institución de la iglesia está siendo reemplazada por la institución del creyente autónomo o independiente. Incluso está emergiendo una doctrina que ve al liderazgo cristiano como algo totalmente divorciado de la iglesia local. Cualquier noción de que el caminar cristiano puede ser reducido a "Jesús y yo caminando solos" ignora tanto la enseñanza explícita de la Escritura (Jn 13:34-35; Col 3:12-17; 1Ped 2:1-12; 1Jn 4:7-12) como la magnífica oleada de historia redentora. Dios estableció a la iglesia local muy cerca del corazón de todo lo que él está haciendo por medio del evangelio en el mundo. Considera estas palabras de ilustres hombres de Dios. El Dr. R.C. Sproul ha llamado a la iglesia "la institución más importante en este planeta." Un siglo antes, Charles Spurgeon la llamó "el lugar más querido sobre la tierra." John Stott advierte, "Más que nunca necesitamos captar la visión bíblica de la iglesia." Elton Trueblood escribió, "Tal vez la más grande debilidad específica de la Iglesia Cristiana contemporánea es que millones de supuestos miembros no están realmente involucrados en lo absoluto y, lo que es peor, no consideran extraño el que no lo estén." ¿Qué lugar ocupa la iglesia local en tu sentido de estar llamado? ¿Cómo la ves en relación al futuro de tu ministerio? ¿Cómo esencial...opcional...irrelevante? ¿Es una iglesia local, para ti, más que solo un lugar lógico al cual enviar tu currículum? ¿Qué comunica acerca de tus prioridades bíblicas tu involucramiento presente con la iglesia local? ¿Es la iglesia, ante tus ojos, "la institución más importante en este planeta"? En su texto clásico, *El Pastor Reformado*, el ministro Puritano Richard Baxter emite este desafío.

Ni está un hombre preparado para ser un ministro de Cristo si no tiene el sentido público adecuado hacia la iglesia. Él necesita deleitarse en su belleza, anhelar su felicidad, buscar su bien, y regocijarse en su bienestar. Él debe estar dispuesto a gastar y a ser gastado por amor a la iglesia."

(En este punto, baste decir que todas las referencias a la iglesia que aparecen en este folleto, son hechas a la luz de la expectativa bíblica de que cada miembro de la Iglesia *universal* se debe integrar a y participar activamente en una iglesia *particular*, que es una expresión local de *la* Iglesia, la Esposa de Cristo.)

Cuando una pasión por la iglesia es añadida a un fundamento sólido en el evangelio, un entendimiento correcto del "llamado" al ministerio se empieza a formar. *Todo llamado al ministerio debe tener en su esencia una pasión por el avance del evangelio a través del medio primordial de la iglesia local.*

El Llamador Establece Líderes Dentro de este Sacerdocio de Creyentes Con una sabiduría que desafía a nuestro análisis, Dios ha elegido dirigir su Iglesia por medio de hombres limitados y falibles. El plan de redención de Dios, empezando en el Antiguo Testamento, siempre ha incluido levantar líderes para su pueblo. Desde los doce Apóstoles hasta el pastor de la iglesia que se encuentra calle abajo, los hijos de Dios siempre han funcionado bajo el liderazgo delegado de hombres llamados.

Un entendimiento de la iglesia que no incluya que esta es dirigida por hombres llamados a esa tarea, es ajeno a la Escritura.

Podemos estar agradecidos de que el Llamador no ha dejado en manos de la Iglesia el determinar cómo deben funcionar o ser seleccionados los líderes de la iglesia. Desde los ejemplos que aparecen en el Antiguo Testamento, pasando por la experiencia de la Iglesia Apostólica, hasta llegar a las explícitas enseñanzas sobre el liderazgo de la iglesia que aparecen en las epístolas pastorales, la Biblia es muy clara en cuanto a los estándares de Dios para el ministerio de liderazgo. Sin pretender simplificar de más, hay dos brillantes hilos de verdad tejidos a través de la tela de enseñanza que aparece en el Nuevo Testamento acerca del liderazgo.

Es un Liderazgo de Gracia. Los tesoros de la gracia de Dios se encuentran en los lugares más extraordinarios. Un lugar donde la gracia brilla intensamente es en el don de liderazgo en la iglesia. Dentro de algunos hombres, Dios deposita gracia en forma de un don para dirigir a la iglesia.

Pero teniendo dones que difieren, según la gracia que nos ha sido dada, usémoslos: si el de profecía, úsese en proporción a la fe; si el de servicio, en servir; o el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta, en la exhortación; el que da, con liberalidad; el que dirige, con diligencia; el que muestra misericordia, con alegría. (Ro 12:6-8, énfasis añadido).

Dios ha distribuido ampliamente sus dones a través de la iglesia, no únicamente entre unos pocos individuos clave. Sin embargo, para algunos existe un don particular de liderazgo que no es concedido a todos. Aquellos con este don han de ser identificados, y alentados a expresar y a ejercer ese don. El "sacerdocio de todos los creyentes" incluye algunos "sacerdotes" que dirigen. Nótese también que nuestros dones descansan sobre la base de una gracia previa, una "gracia que nos ha sido dada." Una manera en la que Dios concede su gracia es a través de dones particulares, y somos llamados a "usarlos." El don de liderazgo puede ser entendido como una gracia particular para dirigir, y para dirigir "con diligencia." Pero como una gracia previa, ese don es identificable antes de que un hombre entre al ministerio. Es decir, la iglesia debe seleccionar líderes no de entre aquellos que solamente están dispuestos, o que tienen experiencia, o que han sido entrenados, o que son fieles, por valiosas que sean estas cualidades. La iglesia selecciona a sus líderes en base a la gracia evidente, una gracia presente *antes de un llamado formal al ministerio.*

'A menudo, la identificación o el entrenamiento del liderazgo empieza con educación, carisma, o necesidad. Pero el llamado a dirigir proviene de Dios y es Él quien lo otorga. Mientras que nosotros somos llamados a participar en su identificación y desarrollo, no nos corresponde fabricarlo o imponerlo. Traer hombres al ministerio no consiste en revisar promedios académicos, entrevistar candidatos, o llenar púlpitos. Es un proceso glorioso de descubrir un depósito de gracia, una gracia que hace posible que ciertos hombres manifiesten evidencia contundente de un llamado a dirigir.

Cierta iglesia por la que tengo un gran respeto fue aptamente dirigida por un hombre que había pastoreado al rebaño fielmente por años. Pero en esa iglesia había otro hombre cuyo don de liderazgo era obviamente más idóneo para dirigir la iglesia... y resulta que ese hombre era el hijo del pastor. Porque la pasión del padre por la iglesia es mayor que su pasión por su llamado, él gustosamente le transfirió el liderazgo a su hijo y ahora sirve como un pastor asistente, dirigido por el hombre cuyos pañales alguna vez cambió. Esto es tierra santa, pues nos trae al ámbito del Llamador soberano, Aquel cuyo llamamiento nunca es en vano, y que siempre concede la gracia necesaria. El Llamador ordena, y luego habilita. Lo hace por su gloria y por su pasión, la Iglesia. En este ámbito santo encontramos seguridad—no es necesario luchar, demostrar nuestro talento, o proteger nuestra posición. Podemos confiar en el dador de los dones para que nos coloque de acuerdo a nuestros dones. Como lo expresa Edmund Clowney, "Tu esfera de acción, tu ministerio en el servicio de Cristo, están delineados por los dones que Cristo te ha concedido a ti."

Es un Liderazgo de Servicio. El liderazgo es un mandato a servir (Mar 10:42-45). Un líder es un cristiano que ha sido llamado a servir al pueblo de Dios. Este es su más alto privilegio y el propósito pleno de su llamado. Es lo que lo guarda de convertirse en solamente un "profesional," y lo aleja de suponer que su liderazgo comienza con sus derechos. Hay pocas cosas más lamentables que líderes que se apartan de la nobleza de su llamado para caer en la auto-promoción, la auto-preservación, o la auto-indulgencia en el ministerio. Considera la siguiente perspectiva de D.A. Carson:

Como alguien que ha enseñado a estudiantes de seminario por más de 15 años, yo me preocupo acerca del creciente número de seminaristas que, cuando se les pregunta dónde y cómo piensan que podrían servir mejor, responden con algo como esto: "Bueno, yo pienso que me gustaría enseñar en algún lugar. Siempre que he enseñado la gente me ha dicho que he hecho un buen trabajo. Me produce un tremendo sentido de realización el enseñar la Biblia. Pienso que yo podría estar satisfecho enseñando la Escritura." Que patético. Yo conozco a paganos que encuentran satisfacción y realización enseñando física nuclear. En cualquier perspectiva Cristiana de la vida, jamás debe permitirse que la auto-realización se convierta en el asunto preponderante. El asunto es el servicio, el servir a personas reales. La pregunta es: "¿Cómo puedo ser lo más útil posible?"

El Dr. Carson ha invertido gran parte de su vida entrenando a hombres para el ministerio. Su perspectiva nos debiera causar sobriedad a todos. A menudo decimos que queremos servir a Dios, cuando la manera en la que vivimos revela que lo que esperamos es que Él nos sirva a nosotros. ¿Cuál es el antídoto contra un ministerio auto-gratificante? Vivir como un esclavo de Cristo. La esclavitud es una de las más notables e impactantes metáforas que aparecen en el Nuevo Testamento para describir la identidad de un Cristiano. Somos esclavos de Dios (1Ped 2:16), de Cristo (1Cor 7:22), y los unos de los otros (2Cor 4:5). Jesús estableció la esclavitud como el estándar para toda grandeza en el ministerio.

Y llamándolos junto a sí, Jesús les dijo: Sabéis que los que son reconocidos como gobernantes de los gentiles se enseñorean de ellos, y que sus grandes ejercen autoridad sobre ellos. Pero entre vosotros no es así, sino que cualquiera de vosotros que desee llegar a ser grande será vuestro servidor, y cualquiera de vosotros que desee ser el primero será siervo de todos. Porque ni aun el Hijo del Hombre vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos. (Mar 10:42-45).

En su libro, *Slave of Christ* (Esclavo de Cristo), el erudito del Nuevo Testamento Murray J. Harris pone en claro lo que la perspectiva correcta de todos los Cristianos debería ser, particularmente de aquellos que están ponderando un sentido de estar llamados a servir a la iglesia de Dios.

¿Cómo, entonces, podrían Cristianos ordinarios que no tenían posiciones de liderazgo en la iglesia encontrar placer en ser llamados los "esclavos de Cristo," especialmente cuando Cristo mismo había enseñado que el ser un "esclavo" era lo contrario a ser "primero," a tener una posición de dignidad y honor (Mat 20:26-27)? ¿Por qué les parecía ese título dulce, no amargo, y digno, no degradante? La respuesta, yo sugiero, yace en la naturaleza del Amo o Señor a quien estaban sirviendo y en el ejemplo de esclavitud a Dios que él mismo representó. La naturaleza de cualquier esclavitud se determina por la naturaleza del amo o señor. Quién es y qué es el amo, determina el estatus del esclavo, la actitud del esclavo, y la importancia del trabajo del esclavo... Mientras que para los líderes Cristianos *doulos* ya era un título de honor, el término alcanzó connotaciones positivas en los oídos de todos los Cristianos porque el Señor divino a quien estaban sirviendo era amable y generoso y él mismo había abierto un sendero ejemplar de servicio humilde. Lo que todos los *douloide* este *Kyrios* ganaban por medio de estar asociados con él no era cierta autoridad o poder sino un honor sin paralelo y la certeza de que su servicio, sin importar la naturaleza de este, era de un valor supremo, sencillamente porque era realizado para *él*.

Por eso no debe parecer extraño que varios autores del Nuevo Testamento con tanta frecuencia escogieron en sus cartas referirse a ellos mismos como siervos en lugar de cómo apóstoles, cuando en realidad eran ambas cosas. Si el creyente común del primer siglo y el Apóstol del Cordero pueden ambos abrazar la actitud de siervos como grandeza, ciertamente tú y yo también podemos. Dentro del sacerdocio de creyentes de Dios, ¿cómo es llamado a servir aquél que ha sido llamado a dirigir? La enseñanza de la Biblia en cuanto al servicio humilde propone un perfil que es opuesto a los conceptos de liderazgo de este mundo. El hombre llamado:

- Sirve donde hay necesidad, no sólo donde puede expresar sus dones
- Sirve para buscar el éxito de los que están arriba de él, no para desarrollar su propio éxito
- Está igualmente contento de usar su servicio para tratar con sus debilidades como para afilar sus fortalezas
- Busca, por medio de su propio gozo, hacer el servicio de los que están a su alrededor un gozo.
- Usa la influencia de su don de liderazgo para promover la piedad en el servicio, no su propia agenda
- Sirve con excelencia, diligencia, y fidelidad para captar la atención de Cristo, no de los demás
- Camina con denuedo por la senda del sacrificio, y pisa con cautela por la senda de la promoción
- Gozosamente retrocederá para permitir que otro hombre avance

¿Refleja lo anterior tu manera de servir? ¿O tu perspectiva en cuanto al llamado? El liderazgo no se trata en primer lugar de mí. Se trata de Dios. La meta nunca es el éxito personal, sino servir a los escogidos de Dios. Las personas no son las herramientas de nuestro ministerio o los medios para alcanzar nuestra visión. Más bien, "las personas y su crecimiento espiritual son el propósito de Dios." El liderazgo en la iglesia no se trata de oportunidades, o de avance personal, o de privilegios, o de plataformas. Se trata

de seguir el ejemplo del Salvador, quien dio su vida por las ovejas. Las cuerdas de la gracia y de una actitud de siervo afirman a un hombre en su llamado, así como también en la etapa de exploración que conduce a él. Dondequiera que te encuentres tú en el proceso, estas cuerdas tienen como propósito el afirmarte.

¿Llamados a Qué?—El Contenido del Llamado

Quiero que conozcan al Reverendo Cassidy, o Sisco para sus amigos. Como ministro recientemente certificado, Sisco está ahora calificado para officiar bodas, dirigir funerales y llevar a cabo bautismos.

Los bautismos, sin embargo, van a ser complicados, debido al temor al agua que el Reverendo ha tenido toda su vida. La oración con la meditación en la Escritura no puede hacer nada para aliviar tan arraigada condición. El ayuno, el arrepentimiento y la consejería bíblica no pueden impactarla. Después de todo, Sisco Cassidy es un gato. Aparentemente, el dueño de Sisco—tal vez aburrido, cínico y/o un aficionado a lo absurdo—sometió su nombre a alguna organización que otorga la ordenación con demasiada facilidad. Y un día, mientras Sisco andaba al acecho de un pedazo de pelusa de alfombra, fue misteriosamente transformado en un ministro ordenado, con todos los derechos correspondientes. ¿Cuánto tiempo pasará, me pregunto, hasta que se aficione por el golf? Aunque los detalles de esta historia son ficticios, más de una persona ha afirmado ser dueña de una mascota ordenada. Ciertamente, los instrumentos para ordenación (diseñados para humanos) abundan. La Iglesia de la Vida Universal, por ejemplo, se jacta de más de 20 millones de ministros en todo el mundo. Su sitio en internet ofrece, "Ordenaciones gratis en línea. En sólo tres minutos. Oprima aquí." Aun dentro de la Cristiandad, donde el proceso de ordenación es por lo general un poco más riguroso, existe demasiada confusión en cuanto a qué es lo que califica a alguien para estar en una posición de liderazgo en la iglesia. ¿Es el entrenamiento? ¿Los dones? ¿El carácter? ¿El empuje? ¿El hecho de que no hay mejor manera de ganarse la vida? Considera estos escenarios de la vida real.

- Lamont fue criado como hijo de un predicador. Al estar en la universidad, dirigió la comunidad Cristiana del campus y participó en viajes misioneros cortos. En el seminario, dirigió estudios bíblicos, impartió la clase de escuela dominical para jóvenes de la iglesia a la que asistía, y con todo eso se graduó con honores. La educación, el intelecto, y la experiencia de Lamont, ¿lo califican ahora para el liderazgo en la iglesia local?
- Stewart nunca se graduó de la preparatoria (nivel de educación previo a la universidad). La dejó para entrar al lucrativo negocio de la familia—la venta de drogas. Su padre lo empezó, y después su hermano se le unió, pero ninguno de los dos tenían el talento particular de Stewart. Entonces ocurrió un inesperado encuentro con Cristo, y Stewart se convirtió dramáticamente. La profundidad de su transformación produjo un celo evangelístico por alcanzar el mundo del crimen y las drogas. Stewart se convirtió en el orador favorito de ciertos grupos de diversas iglesias. Les encantaba escuchar acerca de su conversión y de sus posteriores logros para la causa de Cristo. Dondequiera que Stewart hablaba, personas eran salvadas. La extraordinaria conversión de Stewart, su aparentemente interminable celo, y su evidente efectividad evangelística, ¿lo califican para el liderazgo en la iglesia?

- Bob sabe que está llamado. Alguien le dijo una vez que la evidencia de un llamado divino al ministerio vocacional es que uno no puede estar satisfecho dedicándose a cualquier otra cosa. A Bob nunca le ha gustado su trabajo, y él está agradecido de que el Señor haya usado esa confirmación externa para autentificar su llamado. El problema es que su llamado no es reconocido por el liderazgo de la iglesia a la que asiste. ¿Ha sido Bob llamado sólo porque él piensa que Dios lo ha llamado? ¿Necesita Bob buscar hasta encontrar un lugar donde los líderes reconozcan su llamado?

Probablemente todos nosotros conocemos a alguien que es muy similar a uno de estos hombres. Ciertamente hay muchos cristianos que al ver vidas como las de ellos felizmente afirmarían que existe un llamado al ministerio vocacional. Para los Apóstoles, sin embargo, la meta no era simplemente designar líderes. Era más bien identificar y designar líderes *calificados*. El desastre de un liderazgo no calificado (y la palabra desastre no es demasiado fuerte) ha estorbado a la iglesia a través de toda su historia. Nada menoscaba tanto la salud de una iglesia local o anula su efectividad más que el tener al hombre equivocado en el liderazgo. Esto genera tres preguntas inseparables. ¿Qué puestos son los líderes llamados a ocupar? ¿Qué calificaciones son los líderes llamados a poseer? ¿Qué tareas son los hombres calificados llamados a desempeñar?

Ancianos y Diáconos La Biblia presenta dos claramente identificables y distintas posiciones de liderazgo en la iglesia local: anciano o pastor y diácono. Aunque las calificaciones para ambas posiciones se encuentran en la Escritura, este folleto le dará una atención predominante al papel de anciano o pastor. Esta es la posición de liderazgo primordial y determinante en la iglesia, con los diáconos subordinados a y funcionando en servir a los ancianos (Ver Hechos 6 para el origen del diaconado en la iglesia primitiva). Aunque ambos puestos se deben apegar a altos estándares calificadorios y ambos encuentran su cumplimiento en el servicio de la iglesia (no en el avance de la carrera o trayectoria personal), parece que la Escritura ha dejado que las funciones específicas del diaconado sean definidas por los ancianos o pastores.

¿Qué es un anciano? Cuando yo era un niño con una imaginación robusta, los ancianos eran seres misteriosos, de pelo blanco que vivían en el sótano del edificio de nuestra iglesia. Si los niños de la iglesia se portaban mal, los ancianos los arrebatarían a su madriguera de concreto. Obligados a sentarse en silencio y a leer libros viejos, llenos de polvo y aburridos, los niños eventualmente se transformarían en ancianos de pelo blanco básicamente indistinguibles de sus captores. En vista del comportamiento de los niños de nuestra iglesia, yo asumí que siempre habría una abundancia de ancianos. Así que cuando niño, mi meta única en la iglesia era muy clara: *permanecer fuera del sótano*. Afortunadamente, la Escritura es menos intimidante y mucho más específica en lo referente a los ancianos. En el Nuevo Testamento, "anciano" es un oficio o función a la cual un hombre dotado es asignado en base a cualidades de carácter evidentes. Aunque se usan varias referencias descriptivas para esa función (obispo, pastor, etc), la Escritura y la historia de la iglesia parecen concordar en que todas ellas se pueden utilizar intercambiabilmente para denotar a los líderes de la iglesia. (Nótese el uso diferente de estos términos por parte de Pablo, Pedro, y Lucas en Tito 1:5-7, 1Ped 5:1-2, Hch 20:28). En otras palabras, "anciano" se refiere al oficio o función, mientras que "pastor" (algunas veces traducido como "obispo") describe una expresión particular del oficio de anciano—el papel de alguien que ocupa el puesto o de

un anciano en particular. Los aspectos prácticos de la organización eclesiástica pueden permitir un rango de ministerios vocacionales dentro de una iglesia específica. Pero un entendimiento bíblico del llamado divino al ministerio tiene como su énfasis evidente el ministerio de los ancianos. En principio y en la práctica, el oficio de anciano es donde el llamado a dirigir está más sólidamente cimentado en la Escritura. Por lo tanto, debemos considerarlo como la expresión primordial del llamado de cualquier hombre al ministerio.

Requisitos Nobles para una Tarea Noble El deseo del oficio de anciano o pastor empieza con dirigir el corazón a "una tarea noble" (1Tim 3:1). Pero de acuerdo a Pablo, esta noble tarea del obispado demanda requisitos nobles. Los requisitos para el oficio de pastor en la iglesia están establecidos de la manera más directa en 1Timoteo 3:1-7 y Tito 1:5-9.

Palabra fiel es esta: Si alguno aspira al cargo de obispo, buena obra desea hacer. Un obispo debe ser, pues, irreprochable, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, de conducta decorosa, hospitalario, apto para enseñar, no dado a la bebida, no pendenciero, sino amable, no contencioso, no avaricioso. Que gobierne bien su casa, teniendo a sus hijos sujetos con toda dignidad (pues si un hombre no sabe cómo gobernar su propia casa, ¿cómo podrá cuidar de la iglesia de Dios?); no un recién convertido, no sea que se envanezca y caiga en la condenación en que cayó el diablo. Debe gozar también de una buena reputación entre los de afuera de la iglesia, para que no caiga en descrédito y en el lazo del diablo. **1Timoteo 3:1-7**

Por esta causa te dejé en Creta, para que pusieras en orden lo que queda, y designaras ancianos en cada ciudad como te mandé, esto es, si alguno es irreprochable, marido de una sola mujer, que tenga hijos creyentes, no acusados de disolución ni de rebeldía. Porque el obispo debe ser irreprochable como administrador de Dios, no obstinado, no iracundo, no dado a la bebida, no pendenciero, no amante de ganancias deshonestas, sino hospitalario, amante de lo bueno, prudente, justo, santo, dueño de sí mismo, reteniendo la palabra fiel que es conforme a la enseñanza, para que sea capaz también de exhortar con sana doctrina y refutar a los que contradicen. **Tito 1:5-9**

En la práctica, la evaluación de ancianos a menudo empieza y termina con algo así como un examen minucioso, es decir, una evaluación punto por punto de los requisitos específicos que se mencionan en estos pasajes. Mientras que cada uno de estos requisitos es necesario, un método tan mecánico omite el hecho de que casi cada página del Nuevo Testamento tiene implicaciones para los requisitos de un líder. Además de esto, el contenido general del Nuevo Testamento apunta a un elemento central que estará presente en todo hombre llamado al liderazgo en la iglesia: una gracia previa. Ya hemos hablado de esa gracia previa del liderazgo en la página 9. En 1Timoteo 3 y Tito 1 de nuevo vemos referencias claras a la evidencia de cierta actividad por parte de Dios que precede a cualquier sentido claro de un llamado al ministerio vocacional. Observen 1Timoteo 3:2 y noten el uso que hace Pablo del verbo dominante en tiempo presente "debe ser" (literalmente, "es necesario que sea") que aparece a lo largo de este pasaje. Pablo presenta estas cualidades como prerrequisitos necesarios para el anciano o pastor, y no como cualidades que aun aspira a desarrollar. Con un toque de inspiración, él une las evidencias de gracia específicas que debemos encontrar en un miembro que ha sido llamado al oficio de anciano o pastor. ¿Pero cómo podemos saber si un hombre es sólo un discípulo sólido o algo más? Esto, también, es simplemente una cuestión de gracia. Todos los hombres deberían funcionar en la iglesia usando los dones que Dios les ha dado. Pero la manera en la que esos dones rinden fruto y sirven al pueblo de Dios

será diferente. Todos los hombres deberían tener aspiraciones piadosas de servir a la iglesia de Dios hasta la máxima capacidad de sus dones. Pero para la mayoría esa capacidad no significará dar un paso definitivo hacia el ministerio a nivel del oficio de anciano o pastor. El oficio de anciano, de un modo fundamental, significa que la gracia sobre la vida de un hombre se está expresando a tal grado que eleva su llamado a las responsabilidades más altas del liderazgo de la iglesia. Como lo menciona cierto erudito, "Porque el (líder) en nuestros días realmente no es mas que un miembro ordinario de la iglesia de Jesucristo quien es llamado a expresar su naturaleza como 'hombre de Dios' hasta un grado especialmente alto." El confiar en posibilidades futuras equivale a ordenar hombres buenos y dotados con la esperanza de que al transcurrir no mucho tiempo ellos, tal vez, alcanzarán los estándares que marca la Escritura para el oficio de anciano. Esto es tanto falto de visión como extremadamente peligroso. Mientras que nunca veremos las cualidades de un hombre llamado *perfeccionadas* en ninguna persona, deberían estar *actualmente presentes* en un hombre que desea la noble tarea del oficio de anciano o pastor. Como nos recuerda Charles Bridges, "La más grande y más difícil preparación es interna." El Llamador nos recuerda que esta preparación interna es una obra de gracia que empieza con Él. Los requisitos para el oficio de anciano cubren lo que el hombre es y lo que el hombre puede hacer. Ambos son esenciales en el llamado a dirigir a la iglesia como un anciano o pastor. Algunos hombres de carácter extraordinario simplemente no están dotados de las maneras necesarias para dirigir la iglesia. Algunos hombres con dones increíbles poseen deficiencias de carácter que resultan evidentes a través de las inevitables pruebas que Dios trae a las vidas de todo su pueblo. Ni el carácter ni los dones de un hombre pueden ser lo suficientemente sólidos como para compensar la carencia de uno de ellos. Ambos deben estar presentes y en forma creciente para que un hombre funcione en el llamado al liderazgo en la iglesia. Un experimentado entrenador y evaluador de líderes lo expresa de una manera sencilla, "La obra de Dios en un hombre demuestra el llamado de Dios en ese hombre." Así que ¿qué es lo que este bíblicamente calificado anciano o pastor hace? ¿Planchar sus vestiduras? ¿Reacomodar sus libros? ¿Asegurarse de llevar a cabo algo de "pastoreo" de vez en cuando? Afortunadamente, la Escritura también proporciona una clara descripción de puesto para el oficio de anciano o pastor, la cual se puede dividir en cinco tareas esenciales.

Tarea 1—Dirigir a la Iglesia. Dirigir la iglesia es una responsabilidad multifacética.

- Dirigir significa gobernar: tomar decisiones que determinarán el futuro de la iglesia.
- Dirigir significa aplicar el evangelio: ayudar a inconversos y a creyentes a ver cómo habla el evangelio a sus vidas.
- Dirigir significa planear: resumir la visión en estrategias factibles que puedan convertirla en una realidad.
- Dirigir significa administrar: convertir las estrategias en planes que por lo general se llevan a cabo y cumplen con los propósitos para los cuales se diseñaron.
- Dirigir significa modelar: ser un ejemplo de lo que tú quieres que otros aspiren a ser.

Líderes específicos siempre son reemplazables. De hecho, el pastor sabio dedicará un tiempo considerable a buscar y a entrenar a su eventual sucesor en el ministerio. También estará dispuesto a ceder su posición de liderazgo a alguien más calificado. Así pues, mientras que pastores individuales son reemplazables, el liderazgo ordenado por Dios no lo es. Por eso, un hombre que está desempeñando su

llamado al oficio de anciano o pastor con humildad, integridad y sabiduría debería recibir el apoyo entusiasta de las personas que dirige. El fruto del liderazgo piadoso es visión, propósito, y vitalidad en la iglesia. Estas cosas no se consiguen de ninguna otra manera.

Tarea 2—Enseñar a la Iglesia. Un requisito "no relativo al carácter" de un pastor, que lo aparta de los demás cristianos es que debe ser "apto para enseñar"(1Tim 3:2). El encargo emitido a todo pastor está espléndidamente resumido en las palabras de Pablo a Timoteo.

Te encargo solemnemente, en la presencia de Dios y de Cristo Jesús, que ha de juzgar a los vivos y a los muertos, por su manifestación y por su reino: Predica la palabra; insiste a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con mucha paciencia e instrucción. (2Tim 4:1-2)

Los líderes de la iglesia deben enseñar y predicar incansablemente, valerosamente, y pacientemente, ejecutando su encargo como mayordomos de las mismísimas palabras de Dios. Es difícil sobreestimar la importancia de la predicación al dirigir a la iglesia. Tal vez John MacArthur capta esto tan bien como cualquier otra persona:

El medio ordenado por Dios para salvar, para santificar, y para fortalecer a su iglesia es la predicación. La proclamación del evangelio es lo que produce una fe salvadora en aquellos a quienes Dios ha escogido (Ro 10:14). Por medio de la predicación de la Palabra viene el conocimiento de la verdad que resulta en una vida consagrada a Dios. (Juan 17:17; Ro 16:25; Ef 5:26). La predicación también alienta a los creyentes a vivir en la esperanza de la vida eterna, capacitándolos para soportar el sufrimiento (Hch 14:21-22). La predicación fiel de la Palabra es el elemento más importante del ministerio pastoral.

Aunque el Nuevo Testamento no menciona específicamente el don de la predicación, la prominencia de la predicación es incuestionable, pues ahí claramente se coloca esta noble tarea en el centro del ministerio pastoral. Pero el tener grandes ideas no lo convierte a uno en maestro. Ni tampoco el ser un gran orador. La Biblia entiende el predicar/enseñar como una función de liderazgo. Ser *apto* para enseñar es un requisito para el oficio de anciano o pastor, y el ser un anciano o pastor es lo que le da a uno el *derecho* a enseñar. Los líderes tienen tanto el privilegio como el deber de enseñar a su gente. Enseñar a una congregación equivale a ejercer una gran autoridad. Es una responsabilidad solemne cuyo peso debería mantener humildes a todos los que presumen tener algo que decir.

"Tarea 3—Equipar a la Iglesia. *El Apóstol Pablo escribió,*

Y Él dio a algunos el ser apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y maestros, a fin de capacitar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo; hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, a la condición de un hombre maduro, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.

Efesios 4:11-13'

Aquí vemos al pastor/maestro en uno de sus papeles más explícitos, el de ser un *equipador*. De acuerdo a Pablo, los líderes de la iglesia existen para el propósito específico de entrenar a otros. La meta de este

equipamiento es para que el cuerpo sea edificado (4:12b) y la unidad de la fe sea alcanzada (4:13). De este modo, la iglesia es fortalecida y unificada en su misión evangélica. En una iglesia local sana, ¡los líderes entrenan a las personas para ministrar! Aunque todo pastor debe usar múltiples sombreros, la salud y el futuro de la iglesia dependen de que él transmita sana doctrina y conducta a los demás, quienes a su vez las impartirán también a otros. "El cuidado pastoral es la amorosa preocupación de Cristo por su rebaño, la cual les demuestra proveyéndoles pastores subalternos cuyo deber es equipar a los santos para ministrar cuidado los unos a los otros." El viejo axioma, "que todo miembro participe," no es solamente una gran meta. Es la definición básica de la iglesia como el cuerpo de Cristo (1Cor 12:27; Ro 12:4-5).

Tarea 4—Proteger a la Iglesia. La magnífica carta a los Efesios no es una grandiosa realización de doctrina pura. Es un antídoto pastoral y práctico para problemas serios. Se nos informa acerca de las luchas de esta iglesia local en las Epístolas Pastorales, también escritas para los Efesios. En esa iglesia local, una ausencia de liderazgo piadoso produjo las condiciones favorables para que surgieran falsos maestros y doctrinas extravagantes (1Tim 1:3-7). Esto dio lugar a controversias sin sentido, una devoción por los mitos, una confusión en cuanto a los papeles del hombre y la mujer, y a una disminución en la membresía. La solución de Pablo fue directa: designar pastores y dejarlos hacer su trabajo. Si caos en la iglesia es el problema y fortaleza es la meta, el liderazgo de la iglesia local es la solución de Pablo.

Darius Salter dijo en cierta ocasión, "Casi cualquier clase de herejía se puede mercadear en los Estados Unidos si es empaquetada correctamente por los altamente comprometidos." Así pues, los líderes de la iglesia deben velar siempre para cerciorarse de que las corrientes en la cultura no desplacen a la verdad en la iglesia. Al estar sobre las paredes de la iglesia para discernir las influencias, tanto de adentro como de afuera (Hch 20:29-30), el líder de la iglesia es llamado a una tarea delicada. Cuando una influencia negativa es detectada, la ideología, el error o el engaño deben ser cuidadosamente expuestos, pero sin hacer tropezar a aquellos que han sucumbido a sus llamados seductores. Herejías, facciones internas, opresión y tentaciones externas son las cosas que están siempre presentes en el plato (o en la bandeja de entrada) de un pastor—y en su cuarto de oración.

Tarea 5—Cuidar de la Iglesia. Aunque el líder de la iglesia es llamado *por Dios*, es llamado (en su capacidad como líder) *a personas*. ÉL jamás debe olvidar que la iglesia no es simplemente programas y problemas, sino los mismísimos receptores del amor y de la redención de Cristo. Un verdadero líder ama tanto los programas como a las personas. Es esta tarea de cuidar lo que da lugar a la imagen del líder como pastor—cuidador del rebaño. Una de las más útiles descripciones del papel del líder como pastor proviene del libro de Alexander Strauch, *Biblical Eldership*.

El lenguaje figurado de pastor combina las ideas de autoridad y liderazgo con auto-sacrificio, ternura, sabiduría, trabajo arduo, cuidado amoroso, y vigilancia constante. Pastorear requiere largas horas de trabajo y de atención completa—el pastor debe estar siempre con las ovejas. Se requiere conocimiento de las ovejas, habilidades administrativas adecuadas, y valor al estar ante el peligro. Y lo más importante, se requiere amor por las ovejas. Así, pues, "pastorear" significa gobernar la iglesia de Dios, proveer

liderazgo y dirección para la iglesia, enseñar y corregir usando la palabra de Dios, y proveer protección ante todos los peligros que amenazan la vida de la iglesia.

Consideremos los misterios de la experiencia humana: la pareja sin hijos que acaba de sufrir por tercera vez la pérdida de un hijo en la etapa de gestación; el soltero ya avanzado en edad que aun sueña con casarse; el proveedor responsable y trabajador que acaba de perder su trabajo; o el pecador a punto de morir confrontando la certeza del juicio. El liderazgo sumerge a los pastores en la esencia de la vida. En esos momentos desesperantes, ¿quién es designado para guiarnos a través de los valles inexplicables para beber de las corrientes de la providencia y de la bondad de Dios? Los pastores de la iglesia. ¡Qué gloriosa demostración de la gracia de Dios el haber creado un oficio especial para nuestra ayuda y cuidado durante tiempos de tribulación! Si un hombre cree que ha sido llamado al ministerio, el debe considerar su llamado potencial en el contexto de la iglesia local, donde el ministerio es moldeado y definido por la Escritura. El llamado al ministerio es un llamado a un liderazgo de servicio y que rinde cuentas, expresado de la manera más prominente en el oficio de pastor de la iglesia. Y viene junto con tareas específicas y costos reales. Ahora dirigiremos nuestra atención a la pregunta esencial de cómo evaluar el llamado de un hombre.

La Ecuación del Llamamiento—Elementos del Llamado

Recuerdo haber leído que las primeras computadoras usadas por la NASA para poner al hombre sobre la luna eran tan poderosas como las actuales calculadoras de bolsillo. La imagen de ingenieros estando de pie usando reglas de cálculo para calcular la trayectoria de re-ingreso a la atmósfera, mientras tres individuos sentados en una lata de metal equipada con cohetes de propulsión miraban hacia el vacío oscuro del espacio, es perturbadora. ¡Pero funcionaba! Tal es el poder de predicción de una buena ecuación. ***"Al guiar a los hombres en la exploración de un llamado, puede igualmente ser bastante útil utilizar una especie de ecuación. La "Ecuación del Llamamiento" presentada aquí no es matemáticamente rigurosa ni garantiza producir resultados infaliblemente exactos; el misterioso llamado de un hombre no permite un proceso de toma de decisiones basado en fórmulas o pruebas exactas.***

En lugar de eso, la Ecuación del Llamamiento intenta combinar los criterios explícitos e implícitos del llamado al ministerio como se revelan en la Escritura. Tiene como propósito ayudar a evaluar objetivamente las impresiones subjetivas, los talentos comparativos, y las diversas experiencias que hacen el recorrido hacia el llamado de cada hombre algo único. Y lo que es más importante, como se mencionó anteriormente, la Ecuación del Llamamiento resalta cómo la gracia de Dios está obrando en un hombre para traerlo a un ministerio fructífero. Es un cuantificador de esa gracia. La Ecuación del Llamamiento se plantea como sigue:

La Gracia de Dios se percibirá a través de

CARÁCTER + CAPACIDADES + CONDUCTA EN EL HOGAR + CONFIRMACIÓN EN LA IGLESIA

Esta sección está dedicada a desempaquetar la Ecuación del Llamamiento.

Gracia en el Carácter Todos los Cristianos son llamados a vivir una vida santa. Este es un llamado absoluto y universal. Somos llamados a huir del pecado, resistir al diablo, y a amar a Dios y los demás con todo nuestro corazón. Si todo creyente es llamado a la santidad, ¿por qué es necesario especificar requisitos de carácter para los líderes? Por varias razones.

- Un líder representa específicamente a Cristo ante el mundo y ante la iglesia. Un líder establece el estándar de madurez y de conducta en la iglesia, un estándar que debe ser "irreprochable."
- Pablo instó a Timoteo a cuidar su vida y su doctrina (1Tim 4:16), para que la credibilidad de ambas pudiera ser transmitida a otros a través de su ministerio.
- La presencia del pecado que aun mora en nosotros presenta un reto constante para los líderes sobre todo en lo referente a la ambición personal y el orgullo. Ningún líder está exento del peligro de estas acechanzas, o de otras diversas tentaciones y pruebas que surgen en el servicio a Dios.
- La Escritura habla de la descalificación de un líder por motivos de deficiencias en el carácter. El impacto potencialmente trágico de la descalificación sobre la vida de un hombre, su familia, su iglesia, y sobre el testimonio de esa iglesia al mundo, demanda que el carácter de un líder sea demostrado de manera continua en la vida de la iglesia.
- El liderazgo es una tarea exigente y a menudo desalentadora, y no se debe imponer sobre un hombre de carácter inmaduro. Como lo ha expresado correctamente cierto autor,

La Biblia dice mucho acerca del carácter de un líder. Es interesante que dice más acerca de lo que un líder ha de ser que lo que dice acerca de lo que ha de hacer. Esto es un buen indicio en cuanto a lo que Dios piensa acerca de este importante pre-requisito. No importa cuanta educación o cuanta experiencia tiene un individuo. Si él no satisface los requisitos de moralidad bíblicos, él no es apto para ser un líder en la iglesia de Dios.

En las páginas 14 y 15 resaltamos los requisitos para el oficio de anciano establecidos en 1Timoteo y Tito. Consideremos la prioridad que Dios le da al carácter en estos pasajes clave.

1. Irreprochable e irrepreensible (1Tim 3:2; Tito 1:6)
2. Sobrio (1Tim 3:2)
3. Prudente o sensato (1Tim 3:2)
4. De conducta decorosa o respetable (1Tim 3:2)
5. Hospitalario (1Tim 3:2; Tito 1:8)
6. No dado a la bebida (1Tim 3:3; Tito 1:7)
7. No pendenciero o violento (1Tim 3:3; Tito 1:7)
8. Amable (1Tim 3:3)
9. No contencioso sino apacible (1Tim 3:3)
10. No avaricioso o amante de ganancias deshonestas (1Tim 3:3; Tito 1:7)
11. Buena reputación entre los de afuera de la iglesia (1Tim 3:7)
12. No arrogante o soberbio (Tito 1:7)
13. No iracundo (Tito 1:7)
14. Amante de lo bueno (Tito 1:8)

15. Justo o recto (Tito 1:8)
16. Santo (Tito 1:8)
17. Dueño de sí mismo/disciplinado (Tito 1:8)
18. Poseedor de un estilo de vida ejemplar (1Tim 4:12)

La lista es intimidante. También es no-negociable. Estos pasajes ilustran vívidamente el alcance del escrutinio por parte de Dios de cualquier persona que aspira al liderazgo dentro de la iglesia local. Estos requisitos tienen una implicación ineludible: el verdadero liderazgo modela su mensaje; el liderazgo bíblico es autenticado a través del carácter. Un líder proclama con dos voces: una por medio de sus labios, la otra por medio de su vida. (El epítome de este modelo es Jesucristo, el verbo encarnado de Dios.) Juntos, estos mensajes convergen para crear una sólida plataforma de credibilidad y estatura. Una segunda razón para el liderazgo sustentado en el carácter fue resumida por Cristo: "Un discípulo no está por encima de su maestro; mas todo discípulo, después de que se ha preparado bien, será como su maestro." (Lucas 6:40). Es decir, el líder representa típicamente el nivel más alto para la madurez que se puede esperar entre los miembros de la iglesia. Además, sus fortalezas se volverán las fortalezas de ellos, sus debilidades las debilidades de ellos. Como John MacArthur ha observado, "En lo que los líderes son, la gente se convertirá." Caballeros, si ustedes estuvieran en el ministerio, ¿cómo sería una iglesia de personas modelando el carácter de ustedes? ¿Sería cómo la iglesia que Dios está edificando?

Gracia en las Capacidades La gracia de Dios en las capacidades se revela tanto en el deseo de dirigir a la iglesia de Dios, como en una aptitud demostrada para las tareas esenciales a esa responsabilidad de gobierno. Alexander Strauch escribe, "El deseo por sí solo no es suficiente; tiene que ser equiparado por buen carácter y capacidad espiritual." Por lo menos, las siguientes dos capacidades son vitales.

La Capacidad de Dirigir por medio de la Enseñanza y la Predicación de Sana Doctrina.

Esto involucra tanto el don de la enseñanza como el tesón del estudio doctrinal. La capacidad para enseñar es la única distinción específica entre el oficio de diácono y el de anciano o pastor. Pero la enseñanza no se trata simplemente de conocimiento de la Biblia y habilidades retóricas. Enseñar y predicar significa hacer que la Palabra de Dios explicada y la sana doctrina tengan una relevancia apremiante en la vida de la congregación. El pueblo de Dios es dirigido de un modo primordial a través del ministerio público. Es así de sencillo. Muchos hombres aman la Palabra de Dios, pueden dirigir discusiones efectivas, pueden articular doctrina clara, o son oradores impactantes. Pero la gracia de Dios para dirigir se expresa por medio del poder de la predicación que redarguye corazones y estimula la fe de la congregación para buscar la unidad en la misión de la iglesia. En referencia a la necesidad de los dones públicos, Charles Spurgeon no se anduvo con rodeos: "Caballeros, si ustedes no pueden predicar, Dios no los llamó a predicar." Las epístolas pastorales de Pablo se escribieron a iglesias abatidas y mareadas por el remolino de enseñanzas falsas, religiones caprichosas y controversias divisivas—iglesias no tan diferentes, en muchas maneras, a las que nosotros asistimos. Así que su instrucción esencial a los líderes de la iglesia es, "Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de que avergonzarse, que maneja con precisión la palabra de verdad" (2Tim 2:15). Este es un gran resumen de las responsabilidades de un líder en cuanto a la enseñanza de la sana doctrina. Es un trabajo arduo. Exige lo mejor de nosotros. Y el margen de error es muy pequeño y muy costoso. Con demasiada frecuencia, el estudiar doctrina es tratado como una credencial de "yo

hice eso en el seminario" para el ministerio en lugar de cómo una tarea permanente y esencial. Las iglesias típicamente se desvían hacia el error no porque los líderes busquen malas doctrinas sino porque descuidan la búsqueda consistente de la sana doctrina. Martín Lloyd-Jones ha observado que "aquellos que son arrastrados con todo viento de doctrina son aquellos que son demasiado perezosos para estudiar doctrina."

La Capacidad de Dirigir por medio del Discernimiento Aplicado. La iglesia, sin embargo, no debe ser servida por contempladores teológicos, no sea que un amor por Dios y por el aprendizaje, admirable bajo otras circunstancias, distraiga la atención que se le debe poner al rebaño. El estudio de doctrina debe siempre fluir del líder hacia su cuidado de la iglesia. Esta es la capacidad de dirigir a través de lo que podría llamarse discernimiento aplicado: la gracia para aplicar el fruto del estudio de doctrina y del discernimiento personales, la cual resulta en sabiduría y visión que producen verdadera madurez, primero en la propia vida de un hombre y después en la vida de la iglesia. Tal discernimiento-en-acción sabe cuando expresar fe por medio de iniciativas audaces, y cuando expresar fe por medio de paciencia y perseverancia. Es capaz de distinguir entre problemas de la iglesia que son críticos y aquellos que son solo estorbos. Puede mantener las cosas sencillas sin caer en la simpleza. Sabe como ser innovador y no simplemente novedoso. Sabe como administrar los esfuerzos de la iglesia sin estancarse en un mantenimiento reactivo. Sabe donde la iglesia debe ser flexible y donde debe permanecer firme. Las dos capacidades anteriores deben estar presentes en forma de fruto demostrado por un período de tiempo, para que un llamado sea confirmado. A medida que un líder madura, estas habilidades resultarán en iglesias bien edificadas y fructíferas. Y el hombre de Dios conocerá la experiencia de ser un obrero aprobado por Dios.

Gracia para la Conducta en el Hogar Algunos veranos atrás, me reuní con un hombre que había recibido entrenamiento y además tenía experiencia teológica formal y quien estaba asistiendo a nuestra iglesia. Él estaba interesado en aspirar a alguna posición de liderazgo dentro de nuestra iglesia, y me había llamado para investigar cómo se podía involucrar. Durante el transcurso de nuestra comida, él mencionó que su esposa asistía a otra iglesia. Esto me pareció curioso, en parte porque la iglesia a la que ella estaba asistiendo enseñaba doctrinas contrarias a algunas de las que él decía creer. Hacia el final de nuestra reunión, yo mencioné casualmente que cualquier evaluación de su potencial de liderazgo en nuestra iglesia incluiría una indagación de su liderazgo en su hogar, específicamente lo que la preferencia de iglesias de su esposa pudiera revelar acerca de su propio liderazgo.

Desde ese día no lo he vuelto a ver. Uno de los más impactantes aspectos en cuanto a los requisitos bíblicos para los líderes es como la Escritura concentra la validación del liderazgo en el hogar. Pablo resalta este énfasis con una pregunta que no ofrece respuestas de opción múltiple. "Pues si un hombre no sabe cómo gobernar su propia casa, ¿cómo podrá cuidar de la iglesia de Dios?" (1Tim 3:5). Cómo una singular ventana que nos permite mirar dentro de la vida y del carácter de un hombre, el hogar revela, valida, y comprueba la evidencia de la gracia para el liderazgo, tanto inicial como posteriormente. El matrimonio y la familia son crisoles de santificación bíblicamente moldeados para todos los hombres, ya sea que aspiren al liderazgo o no. Estas cuestiones han sido diseñadas por Dios para forjar y revelar el carácter. Además, los atavíos y la estatura del ministerio no tienen, normalmente, ningún peso en el hogar. A los adolescentes no les importa gran cosa que tú seas un

héroe para muchos si eres un bribón para ellos. Y el hogar es, en cierto sentido, una iglesia en miniatura, un laboratorio donde los valores y el ministerio de un líder son probados. Si no funcionan en el hogar, no funcionarán en la iglesia. Recientemente, fui parte de un servicio de ordenación donde la esposa de un nuevo pastor gozosamente testificó que su esposo vive una vida consistente; él es el mismo en el hogar que lo que es en la iglesia. No hay estándares dobles, no hay duplicidad. Esto habló en gran manera a la iglesia. Y dijo aun más sobre el Dios que este hombre fue ordenado para representar. Tal vez por esto es que Pablo es tan específico acerca del hogar de un líder:

- Marido de una sola mujer (1Tim 3:2; Tito: 1:6)
- No avaricioso o amante de ganancias deshonestas (1Tim 3:3; Tito 1:7)
- Gobierna bien su casa (1Tim 3:4)
- Tiene a sus hijos sujetos con toda dignidad (1Tim 3:4)
- Goza de una buena reputación entre los de afuera de la iglesia (1Tim 3:7)
- Es justo o recto (Tito 1:8)
- Tiene hijos creyentes, no acusados de disolución ni de rebeldía (Tito 1:6)
- Es hospitalario (1Tim 3:2; Tito 1:8)

Hasta un rápido examen de esta lista robustece la proposición de que la manera más rápida para determinar si un hombre está calificado para dirigir una iglesia consiste en evaluar qué tan efectivamente ese hombre está dirigiendo a su principal miembro (su esposa) y a su congregación primordial (sus hijos). Si están bien dirigidos, estas voces se levantarán para confirmar su selección y dar testimonio de su credibilidad. Si están mal dirigidos, ellos ensombrecerán su candidatura con preguntas punzantes y mensajes contradictorios. Resaltando este punto, John MacArthur dice,

Si tú quieres saber si un hombre vive una vida ejemplar, si es consistente, si puede enseñar y modelar la verdad, y si puede dirigir a otras personas a la salvación, a la santidad, y a servir a Dios, dirige tu mirada a las más íntimas relaciones en esta vida y observa si lo puede hacer ahí. Mira a su familia y encontrarás a las personas que lo conocen mejor, que lo escudriñan más a fondo. Pregúntales a ellos qué clase de hombre es él.

Gracia en la Confirmación

En su insuperable libro acerca del liderazgo en la iglesia, *The Christian Ministry (El Ministerio Cristiano)*, Charles Bridges hace esta sabia observación: "Nosotros podemos en ocasiones averiguar y descubrir que el origen del fracaso ministerial está en el mismísimo umbral de entrada a esta labor. ¿Era el llamado al oficio sacro claro en lo que concierne a las ordenanzas de la iglesia, y de acuerdo a la voluntad de Dios.?"

La confirmación es el proceso por el cual el sentido subjetivo que un hombre tiene en cuanto a su llamado es validado objetivamente por una autoridad bíblicamente aprobada usando criterios bíblicamente apropiados. La confirmación no es simplemente la convicción personal de que uno ha sido llamado, sino *un proceso de evaluación por el cual el llamado de Dios es revelado al hombre y hecho evidente a los que están alrededor de él y sobre él.* Bridges ve este doble aspecto de la confirmación como "un deseo

(subjetivo), y una aptitud (objetivo), para el oficio. **"John Piper lo ha llamado "compulsión y calificación." Continuaré apoyándome en los anchos hombros de Charles Bridges y trataré la confirmación como algo tanto interno como externo. Si bien no importa cómo sea descrita, la idea es la misma: un sentido personal en cuanto a estar llamado nunca es suficiente para lanzar a un hombre al ministerio. Tiene que haber confirmación por parte de aquellos que tienen la responsabilidad y la autoridad para pronunciarla.**

¿Entonces cómo debe un hombre interpretar un deseo persistente de ser parte del liderazgo de la iglesia? Primero, debe celebrar la presencia de tal deseo, pues el Llamador pudiera realmente estar hablando a su corazón. Segundo, él debe evaluar igualmente tanto las manifestaciones internas como externas del llamado como expresiones de la gracia de Dios. Tercero, él debería ver ese sentido de estar llamado como *un encargo a prepararse* no como una convocatoria autoritativa. Podemos aprender mucho del ejemplo de George Whitefield.

Desde que entré por primera vez a la Universidad, especialmente desde el momento en que supe lo que era el cristianismo verdadero y puro, abrigué pensamientos nobles sobre la importancia del oficio ministerial, *y estuve solícito no del lugar que se debería preparar para mí, sino de cómo yo me debería preparar para un lugar*(énfasis añadido).'

La vida de Pablo, por supuesto, ejemplifica este proceso de un llamado interno, seguido por una preparación, seguida por una confirmación externa. Primero, Pablo se encuentra con Cristo de una manera espectacular en el camino a Damasco, y Dios le habla acerca de su llamado y su futuro (Hch 9:6, 15-16). Sin embargo no vemos a Pablo ser enviado hasta cuatro capítulos después, cuando un tiempo considerable ha transcurrido (Hch 13:1-3). Cuando Pablo es confirmado en el ministerio, es por el obrar del Espíritu Santo a través de los ancianos o pastores locales a los cuales Pablo estaba sujeto. "Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a la que los he llamado" (Hch 13:2). Notemos dos cosas en este ejemplo primordial. Primero, ni Saulo ni Bernabé se enviaron a sí mismos. Su ministerio fue apartado, no lanzado personalmente. Segundo, tanto Saulo como Bernabé adoptaron una postura en la que permitieron ser conocidos, evaluados, y equipados bajo un liderazgo ordenado por Dios. Ellos no eran apóstoles funcionando como agentes libres, buscando patrocinadores o "socios en el ministerio." Su actividad previa fue básicamente un tiempo de preparación y de servicio en la iglesia a la cual pertenecían. Cuando fueron confirmados para el ministerio lo fueron como "hombres conocidos." Su aparición en el ministerio fue un apartamiento santo, no un lanzamiento ambicioso. Dios fue honrado y la iglesia fue servida a través de un llamado interno confirmado externamente. Tristemente, no fue de esa manera en el caso de Armand. La conversión de Armand fue tan dramática que de un modo natural él asumió que Dios tenía grandes planes para él. Por ser un hombre fuerte con una personalidad también fuerte, seguramente él era capaz de ser tan productivo en el ministerio vocacional como lo había sido en el despacho de abogados. O al menos eso era lo que él pensaba. Su manera de ser franca y la manera precisa como expresaba sus opiniones eran con frecuencia erróneamente consideradas como evidencia del don de liderazgo. Por eso no es de extrañar que aquellos con menor discernimiento lo empezaran a animar a plantar una iglesia. El tiempo pasó y Armand, incapaz de aceptar el hecho de que aun no había sido formalmente contactado para plantar una iglesia, se frustró por la carencia de oportunidades disponibles en su denominación. Los que estaban en posiciones de liderazgo simplemente no parecían apreciar su don o saber cómo utilizar su estilo de liderazgo. Mientras tanto,

los pastores de Armand, al haber observado deficiencias significativas en su matrimonio, se empezaron a preocupar por su familia. Sin embargo sus exhortaciones cayeron en oídos sordos. Armand pensaba que ellos se habían puesto de acuerdo y querían formar líderes "de receta." Armand quería *impacto*; ellos estaban solicitando un proceso. Eventualmente Armand dejó la iglesia y se inscribió en una escuela de entrenamiento bíblico, completando el programa en un tiempo récord. Después de su graduación, abrió una iglesia en la ciudad donde él había crecido. La iglesia creció rápidamente bajo su liderazgo agresivo, pero las presiones que por lo general surgen al plantar una iglesia muy pronto pusieron en evidencia las grietas en él mismo y en su familia. El conflicto en el hogar se volvió más frecuente e intenso. Su esposa mostraba señales de aislamiento emocional. Al poco tiempo empezaron los chismes, miembros de la iglesia tomaban partido, otros la abandonaron, y finalmente Armand huyó. Él estaba exhausto, enojado y lo que más quería era un escape. Ahora se dedica a vender seguros y rehúsa por completo asistir a una iglesia. Hay cientos de historias trágicas como esta, legados de ambición fuera de control. El empuje de hombres como Armand desacredita el consejo de los demás. Reclama el derecho a la auto-designación y la auto-unción, lo cual es la definición unilateral del llamado propio. Armados de deseo, inteligencia, y empuje, demasiadas personas saltan a la auto-complaciente conclusión de que estos son los únicos atributos que Dios requiere. La Biblia enseña otra cosa. Oswald Sanders preguntó, "¿No debiera ser más bien el oficio el que busca al hombre, en lugar de que el hombre busque al oficio?" El papel de la iglesia en la confirmación del llamado protege al oficio del ministerio de las ambiciones de los hombres. Pero la intención es hacer más que eso. La confirmación externa le da a un hombre la confianza de que él no se está engañando a sí mismo en cuanto a sus calificaciones para el ministerio. Le permite ingresar a la autoridad de su oficio habiendo ya demostrado que cumple con los requisitos, lo cual lo libera para dedicarse a la labor del ministerio en lugar de a la labor de hacer campaña para conseguir la lealtad de la gente. Y establece una relación segura entre la gente y el líder. Ambos saben que existe una evaluación y supervisión externa del liderazgo de un hombre y de la respuesta de la iglesia a ese liderazgo. Esta es una gracia que muchos pastores anhelan experimentar. La Ecuación del Llamamiento tiene como propósito ayudar al hombre que está mirando hacia el oscuro vacío del futuro, preguntándose si su pequeña nave del llamado podría realmente penetrar dentro de la atmósfera del ministerio sin quemarse o sin rebotar hacia el olvido. No es ciencia espacial, pero podría ayudarte a llegar a tu destino.

Monitoreo del Corazón—La Ambición y el Llamado

La ambición, en cierto sentido de la palabra, es resumida oscuramente por dictadores, antiguos titanes corporativos que purgan condenas en prisión, y el pastor que divide a la iglesia para expandir su imperio. La severa advertencia de Shakespeare captura esta perspectiva negativa: "Os exhorto, desechad la ambición: Por ese pecado cayeron los ángeles."

Ahora consideremos a Stanley, un joven, deseoso siervo del Señor. Desde el día que fue salvado, Stanley ha tenido grandes aspiraciones para con Dios. Él quiere desarrollar sus dones, ayudar a propagar el evangelio a las naciones más lejanas del mundo, y ver a Dios glorificado a través de su vida. Él asiste a una iglesia, dirige bien un grupo pequeño, y le encanta estudiar la Palabra de Dios y leer biografías de Cristianos. A su pastor le gusta decir que trata de mantener a Stanley alejado de cualquier material incendiario, pues "¡Stanley está en fuego por Dios!"

¿Es Stanley ambicioso? Claro que lo es, y deberíamos darle gracias a Dios por ello. ¿Qué es, entonces, esta cosa llamada ambición? Seguramente es una fuerza poderosa, capaz aun de derribar querubines y de demoler iglesias. Pero ¿es algo por definición impío? ¿Se debe desechar como algo impuro? Tal perspectiva confunde a muchos hombres realmente llamados al ministerio, y les impide hablar francamente de su sentido de estar llamados. Es mucho mejor ver la ambición algo así como la dinamita, capaz de hacer grandes bienes o grandes males, y que por lo tanto se debe manejar con cuidado, sabiduría y todo un régimen de dispositivos de seguridad. El hombre que siente un llamado debería buscar un entendimiento de la ambición piadosa, la cual se puede definir como el deseo de usar los dones que uno posee para hacer la voluntad de Dios y para su gloria. Sin ambición piadosa, hombres como Stanley no avanzan, iglesias no son plantadas, y naciones no son alcanzadas. La ambición piadosa siempre ha sido esencial para el avance del evangelio.

El Evangelio clarifica la relación entre humildad y ambición Cuando Pablo quería ayudar a Timoteo a descubrir hombres llamados a ser pastores, él empezó con la ambición del hombre. "Palabra fiel es ésta: Si alguno aspira al cargo de obispo, buena obra desea hacer" (1Tim 3:1).

Este versículo sugiere que tal aspiración y deseo, cuando es puro, es tan noble como la tarea misma. Sin embargo es la misma nobleza de la tarea la que nos impulsa a examinar el deseo. Y en cuanto a nuestra auto-evaluación, Pablo nos dice en Romanos 12:3 que no pensemos más alto de nosotros mismos de lo que debiéramos, sino que pensemos con buen juicio. No obstante al mismo tiempo, gran parte del Nuevo Testamento celebra el fruto de hombres manifiestamente ambiciosos de la gloria de Dios por medio del evangelio. ¿Cómo reconciliamos el llamado a ser humildes con legítimas ambiciones por el ministerio vocacional? Primero, necesitamos reconocer que el deseo de tomar iniciativa es puesto en todos nosotros por Dios como portadores de su imagen. El deseo de dirigir brota del llamado a ejercer dominio dado a Adán por parte de Dios. Los humanos han de sojuzgar la tierra y ejercer dominio como mayordomos de la creación de Dios (Gén 1:28). Es la ambición piadosa lo que motiva a un hombre a traer orden y dirección a su vida y a usar los dones que Dios le ha dado para ese propósito. Este es un llamado santo porque refleja a nuestro Creador y contribuye a expresar su gobierno y su gloria. Hermanos, por favor consideren su sentido del llamado como bueno y santo, y adoren a Dios por ello. Pero, obviamente, algo pasó en el Edén. El pecado corrompió al llamado. El deseo de Adán de servir a Dios fue reemplazado por el deseo de Adán de reemplazar a Dios. Un deseo que estuvo alguna vez exclusivamente centrado en Dios, pasó a centrarse en el yo, y la ambición personal nació en el hombre. La ambición personal nos coloca a nosotros mismos en el centro de nuestros instintos y anhelos. En lugar de promover el orden y la gloria de Dios, engendra corrupción y confusión. Como lo describe Jonathan Edwards,

La ruina que la caída trajo al alma del hombre consiste, en gran parte, en que perdió los más nobles y benevolentes principios de su naturaleza, y en que cayó totalmente bajo el poder y gobierno del amor a sí mismo. Antes, al haber sido creado por Dios, el hombre era eminente, y noble, y generoso; pero ahora es envilecido, e innoble, y egoísta. Inmediatamente después de la caída, la mente del hombre se encogió de su grandeza y ensanchamiento primitivos, a una pequeñez y un encogimiento excesivos.

Santiago describe cómo la ambición personal hace girar nuestras vidas hasta introducirnos a una órbita de pecado cuya estrechez va siempre en aumento. "Pero si tenéis celos amargos y ambición personal en vuestro corazón, no seáis arrogantes y así mintáis contra la verdad. Esta sabiduría no es la que viene de lo alto, sino que es terrenal, natural, diabólica. Porque donde hay celos y ambición personal, allí hay confusión y toda cosa mala." (Stgo 3:14-16). E. Stanley Jones ofrece, en efecto, una versión abreviada: "Nos empequeñecemos al tratar de ser grandes." Tomemos a Rocco y a Norm, como ejemplos. Rocco se acaba de enterar de que a Norm se le pidió dirigir un grupo pequeño. En lugar de regocijarse por la fidelidad de su amigo y aprovechar la oportunidad para honrarlo en este importante papel, Rocco está batallando. *¿Acaso no saben los pastores que yo tengo más tiempo en la iglesia? ¿Tendrán ellos un entendimiento claro de las debilidades de Norm? ¿Es esto lo mejor para la iglesia?* En otras palabras, *¿Por qué Norm y no yo?!*

Los celos son simplemente la ambición personal frustrada. Afecta lo que queremos y lo que pensamos, y lo que decimos y hacemos. Ningún hombre llamado —en realidad, ningún pecador— es inmune a la tentación de la ambición personal. Sus raíces serpentean en lo profundo de los corazones de todos nosotros.

Pero gracias sean dadas a Dios, ¡ese no es el fin de la historia! **El evangelio es "locura a los que se pierden; pero para nosotros los salvos es poder de Dios" (1Cor 1:18). El evangelio puede redimir la ambición y colocar de nuevo a Dios en el centro de nuestros deseos. ¿Cómo es que el evangelio nos da confianza en cuanto a la ambición piadosa?**

El Evangelio nos recuerda que Dios controla a todos aquellos en posiciones de autoridad "Como canales de agua es el corazón del rey en la mano del Señor; Él lo dirige donde le place" (Prov 21:1). El evangelio celebra el hecho de que la caída del hombre no condujo a la caída de Dios. En nuestra batalla contra la ambición personal, la verdad de la soberanía de Dios está constantemente bajo ataque. El gran engaño que nace de la ambición personal es creer que podemos alcanzar posición y éxito en el ministerio por nuestras propias maniobras, astucia y fortaleza, o que la ausencia de ministerio o de cambios en el ministerio son el resultado de alguna interrupción en el control que ejerce Dios.

Falso. El Dios Soberano lo controla todo, desde los gorriones en pleno vuelo hasta la ejecución de su propio Hijo. Todas las promociones o pausas en el ministerio son el resultado directo e inevitable de su elección. Esto fue maravillosamente expresado por Charles Spurgeon al aceptar el llamado al pastorado de la Iglesia New Park Street de Londres (¡a los 20 años de edad!).

Yo no busqué venir a ustedes, pues yo era el ministro de un grupo de personas humildes pero cariñosas. Yo nunca solicité un puesto más alto. La primera invitación por parte de sus diáconos me llegó sin haberla buscado en lo absoluto, y yo temblé ante la idea de predicar en Londres. Yo no podía entender cómo había sucedido, y hasta el día de hoy estoy lleno de asombro ante la maravillosa Providencia. Yo quisiera entregarme a mí mismo en las manos de nuestro Dios de pacto, cuya sabiduría dirige todas las cosas. El escogerá por mí; y hasta donde yo puedo juzgar, esto es su elección.

El evangelio nos recuerda que la senda hacia la grandeza no consiste en ascender, sino en descender Al salvarnos, Cristo se despojó a sí mismo por nosotros. La humildad de Cristo no es sólo un modelo para el ministerio. También expone y pone en vergüenza cualquier ambición personal que opera como la motivación para el llamado. La humildad de Cristo es la base para nuestra paciencia y contentamiento durante el proceso de confirmación de un llamado. El evangelio nos enseña que el anonimato es una oportunidad para crecer en carácter y profundizar la fe. Al despojarse a sí mismo, Cristo nos mostró la senda de la grandeza eterna. No es el camino de ascenso y auto-promoción, sino el camino de descenso y auto-negación. Esta es la senda por la cual nuestro Salvador caminó, y nos llama a seguirlo.

Al seguir a nuestro Salvador venimos, invariable y repetidamente, a la cruz. Ahí, somos despojados de toda excusa de nuestro yo. Ahí, por Él y por su obra terminada, encontramos no simplemente una trayectoria vocacional, o la identificación de nuestro don, o la estrategia para el éxito. Encontramos paz con Dios.

El Evangelio nos recuerda que podemos estar contentos con la aprobación de Dios ¿Se han realizado tus sueños en cuanto al ministerio? ¿O te sientes como si estuvieras otra vez sentado en la banca mientras transcurre otra temporada? ¿Te encuentras a ti mismo, aun si ocurre sólo en tu corazón, presionando o conteniendo por algún lugar o posición?

Recuerda, en este momento, tú posees la única cosa que puede ser traída delante del Padre para satisfacer sus demandas santas e inmutables. El evangelio anuncia el asombroso intercambio de la justicia de Cristo por tu pecado, y con ese intercambio, la aprobación de Dios. ¿No es la certeza de tu aprobación final por parte de Dios mucho más gloriosa que cualquier posición que alguien pudiera llegar a ocupar en el ministerio? Si tú te encuentras falto de contentamiento debido a expectativas no cumplidas o ambiciones no satisfechas, recibe aliento de las palabras de Thomas Watson: "Si nosotros no tenemos lo que deseamos, tenemos más de lo que merecemos."

'El ministerio es algo tan pasajero. ¡El don de justicia es eterno! Invierte tus días escudriñando las glorias de esa realidad y encontrarás que tu alma se ensancha con Dios. Y escucha a Charles Spurgeon, quien "lo tenía todo" en el ministerio, pero fue capaz de ponderarlo a la luz de la eternidad.

Si sucede que tú has vivido en el anonimato, y nunca has estado en las listas de quienes reciben honores entre sus semejantes, conténtate con correr bien tu propia carrera y cumple fielmente tu propia vocación. La falta de fama no es el más severo de los males; es aun peor tenerla como la nieve, que emblanquece el suelo por la mañana, y desaparece con el calor del día. ¿De qué le sirve a un hombre muerto que los hombres estén hablando de él?

Hermanos, el evangelio nos imparte el milagro de la ambición satisfecha. Mientras que el hombre llamado al ministerio debe luchar siempre contra la ambición personal, no necesita temer los deseos genuinos que Dios ha puesto en su corazón. Y mientras que él pudiera no tener todo cuanto quisiera en

el ministerio, puede descansar en la sabia y amorosa providencia de Dios, quien ya le ha concedido más de lo que merece.

¿Y Ahora Qué Hago?—Preparación para el Llamado

Cuando piensas en competencias Olímpicas, ¿qué viene a tu mente? ¿Medallas de oro y récords mundiales? ¿La fabricación, de la noche a la mañana, de las más recientes celebridades deportivas? ¿O es un recuerdo en particular—Franz Klammer tambaleándose en una pendiente cubierta de nieve en su épico recorrido cuesta abajo... Michael Jonson devorando la pista y rompiendo el récord mundial en los 200 metros... el equipo de hockey sobre hielo de USA derrotando sorpresivamente a la Unión Soviética? ¿O es algo más desconocido—tal vez una voltereta inesperada en un juego de Curling, o una batalla maratónica en el badminton? Para la mayoría de nosotros, los juegos olímpicos representan la oportunidad de convertirnos en expertos instantáneos en deportes de los que jamás habíamos oído, y de vivir y morir con héroes que surgen de la nada para capturar nuestra atención y afecto.

Lo que no vemos, por supuesto, es la preparación que se requirió simplemente para llegar a ser atletas Olímpicos, y *esta* es la verdadera historia del éxito Olímpico. Estos atletas de ningún modo surgen de la nada. Un video de tres minutos acerca del más reciente fenómeno Olímpico es incapaz de comunicar los largos años de devoción, disciplina, paciencia, entrenamiento, preparación, y visión que le precedieron. En realidad, para la mayoría de los atletas Olímpicos, simplemente el haber hecho el trabajo necesario para calificar a los juegos Olímpicos—sin tomar en cuenta el podio de medallas, la caja de cereal, o los lucrativos contratos comerciales—representa la hazaña de toda una vida. La preparación de un atleta en el pasado hace posible su desempeño excepcional en el presente. En este respecto, lo que es cierto para el atleta, es cierto para el pastor. Antes de la efectividad en el ministerio están la devoción, la disciplina, la paciencia, el entrenamiento, la preparación, y la visión. No existen atajos. Un hombre se convierte en pastor por medio de la gracia del llamado y los dones de Dios y de la diligente apropiación de esa gracia al transcurrir el tiempo. Cuando un pastor se para en el púlpito, cuando entrena a otros para que se le unan en el ministerio, o cuando aconseja a una pareja en necesidad, el éxito dependerá de la clase de hombre que él ha llegado a ser. Esta sección final es para los hombres que permanecen inciertos en cuanto a un posible llamado al ministerio vocacional y que quieren usar esta etapa de exploración—de *preparación*—para lograr el mayor beneficio posible.

¿Qué Hago con mi Corazón?—Una Alta Opinión de la Humildad Ya hemos visto cómo el evangelio nos ayuda a *entender* la ambición. Ahora, hablaremos de que *hacer* con respecto a las siempre presentes y entremezcladas cuestiones de la ambición y la humildad.

Si tú has leído hasta aquí, probablemente tienes, hasta cierto grado, el deseo de considerar un llamado al ministerio. Los deseos, por supuesto, son una expresión de nuestros corazones los cuales, como cristianos, son flexibles para Dios pero están, sin embargo, contaminados con el pecado que aun mora en nosotros. Podemos confiar en nuestros deseos solamente en la misma medida en que podemos confiar en nuestros corazones, lo cual no es mucho. Por lo tanto, un hombre llamado poseerá, además del deseo, un deseo de examinar su corazón. John Owen escribió, "Qué pocos realmente buscan conocerse a sí mismos, o poseen el valor para hacerlo." Un hombre llamado debe estar entre aquellos

28 de noviembre de 2008

que no solo poseen ese valor, sino que lo usan con regularidad. Usémoslo ahora. Cuando Santiago habla del caos que brota del orgullo y de la ambición personal, también ofrece el antídoto: "Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes" (Stgo 4:6). Los frecuentemente intensos deseos del llamado deben ser gobernados por el freno de la humildad. La humildad en relación a nuestros deseos se expresa de varias formas.

La Humildad se Manifiesta por Medio de una Evaluación Regular de Nuestros Deseos y de la Influencia que Tienen sobre Nuestra Vida. Tenemos la tendencia a pensar sobre nuestros deseos como esencialmente benignos, determinando su "bondad" o "maldad" de acuerdo al asunto de que se trate. Si yo quiero ser poderoso, eso es malo. Si yo quiero predicar el evangelio, eso es bueno. Sin embargo la clasificación moral de nuestros deseos no depende de aquello hacia lo cual *se inclinan* sino de aquello de lo cual *emanan*. No es una cuestión de destino trazado (el cual es futuro y meramente potencial) sino de origen real (el cual es inmediato y basado en hechos). Los deseos no se evalúan por la meta sino por la motivación.

Y como ocurre con todo lo que involucra al corazón humano, obviamente, la vigilancia es vital. La tenacidad del pecado que mora en nosotros hace necesario que re-evaluemos nuestros deseos periódicamente. Nuestros deseos tienen la tendencia a expandirse y a desviarse más allá de sus límites apropiados. Pueden aumentar en intensidad, o cambiar de énfasis gradual y casi imperceptiblemente. También pueden brotar deseos secundarios que no son muy honorables junto a los que sí lo son, como la cizaña entre el trigo. A causa del pecado que mora en nosotros, aun los deseos más centrados en Dios, si no se re-examinan regularmente, siempre tendrán la tendencia a centrarse en nosotros mismos. Así es como la ambición piadosa es contaminada por la ambición personal. Los deseos de un hombre llegan a poseer a su poseedor. En verdad, el problema para la mayoría de los cristianos no es que ellos quieran malas cosas, sino que quieren las cosas buenas más de lo que deberían, o por los motivos equivocados. Como escribe David Powlison,

Los deseos naturales por cosas buenas deben existir subordinados a nuestro deseo de agradar al Dador de los dones. Captar que el mal consiste en la postura dominante de un deseo, y no en su objeto, es frecuentemente un punto culminante para el auto-entendimiento, para ver nuestra necesidad de las misericordias de Cristo, y para poder cambiar... El aspecto moral siempre gira en torno a si el deseo adquiere un estatus o postura dominante.

Yo he luchado con esta realidad tanto al explorar mi llamado como al vivirlo en los quehaceres del ministerio. La gente diría que soy un individuo muy motivado, habiendo tenido siempre un profundo deseo de desarrollar mis talentos y dones. Cuando estaba creciendo, lo hice en el área de los deportes. Después de mi conversión a Cristo, lo hice en lo referente a los asuntos del reino, tratando de explorar y desarrollar los dones y llamados que por gracia Dios me ha dado. Pero junto a este deseo existen otros deseos: ascender en el rango ministerial, conseguir determinada posición y ser aplaudido por mis esfuerzos. Aun el deseo de desarrollar mis dones y mi llamado se ha mezclado con auto-dependencia y orgullo. Al igual que muchos hombres llamados, yo vivo en una batalla constante contra la ambición personal. Por la misericordia de Dios y por el fiel cuidado de los hombres que están a mi alrededor, la ambición personal está siendo obstruida en mi vida. El deseo de elevar mis deseos y antojos egoístas a

un estatus dominante está siendo mantenido a raya. Pero yo sé que la batalla es diaria, y que estos inicuos deseos no se rendirán mientras yo esté sobre esta tierra. Si hemos de impedir que los deseos por el ministerio se conviertan en ídolos en nuestras vidas, la humildad es esencial. Como lo expresó Jonathan Edwards,

La humildad contribuye, en primer lugar, a prevenir un *anhelante y ambicioso comportamiento* entre los hombres. El hombre que está bajo la influencia de un espíritu humilde, está contento con la condición entre los hombres que a Dios le plazca asignarle, y no codicia el honor, y no intenta aparecer como más alto y exaltado por encima de sus semejantes. Él se comporta de acuerdo al principio contenido en lo dicho por el profeta (Jer 45:5) "Pero tú, ¿buscas para ti grandes cosas? No las busques;" y también de acuerdo a la amonestación dada apóstol (Ro 12:16), "No seáis altivos en vuestro pensar."

La Humildad se Manifiesta al Dar a Conocer Nuestros Deseos a Otras Personas y al Rendirles Cuentas en cuanto a Ellos. Los hombres que sienten un llamado al ministerio a menudo asumen que es arrogante el revelar ese hecho. Aunque tampoco se trata de crear nuestra propia página de internet para dar a conocer nuestras más recientes reflexiones acerca de por qué pensamos que hemos sido llamados, el decírselo a aquellos que cuidan de nosotros y nos conocen mejor a menudo manifiesta y promueve humildad, no orgullo. El compartirlo de una manera sabia y selectiva nos protege de la auto-justicia que nos podría tentar a pensar, "Si tú tuvieras verdadero discernimiento yo no necesitaría decírtelo—tú lo escucharías de parte de Dios." También contribuye a transformar una etapa de deseo en una de comunión bíblica y discipulado, al fomentar las conversaciones y la rendición de cuentas que impedirán que nuestros deseos santos degeneren en ensimismamiento. No existe un patrón de deseo identificable que permita distinguir entre un llamado genuino y uno presuntivo. Conozco a pastores que entre sus memorias más antiguas incluyen un sentido de haber sido llamados. Conozco a otros cuyo "deseómetro" nunca se había elevado por encima de cero, y que tuvieron que ser exhortados para considerar la existencia de un llamado sobre sus vidas. Los hombres en quienes estoy pensando, tanto en una categoría como en la otra, son ahora parte del equipo pastoral de nuestra iglesia. Y te hubiera sido muy difícil distinguir a los unos de los otros.

La Humildad se Manifiesta al Interpretar Nuestros Deseos como un Mandato a Prepararnos, no como una Licencia para Lanzarnos. Esto tiene que ver con la diferencia entre deseos e insinuaciones. Muchos hombres han aprovechado oportunidades en el ministerio que parecen encajar con sus deseos solo para descubrir que no están preparados para los retos. Tales hombres colocan el deseo de *hacer* por encima del deseo de *llegar a ser*.

'Durante un momento crucial de mi jornada de exploración del llamado, justo cuando estaba a punto de auto-lanzarme al ministerio, Dios me interrumpió por medio de un ajuste muy claro—primero por medio de la retroalimentación oportuna de los hombres a mi alrededor y por encima de mí, pero también por medio de haber sido providencialmente expuesto a cierto material que cambió tanto mi trayectoria como mi modo de pensar. Jamás olvidaré el impacto de haber leído el libro del Dr. Robert Clinton, *The Making of a Leader*, el cual detalla cinco etapas de desarrollo en el llamado al

ministerio. Un punto en particular me sacudió: El procedimiento de Dios es obrar en ti, y luego a través de ti.

Por medio del libro del Dr. Clinton, pude ver que yo había estado tratando de evitar un proceso de preparación que Dios consideró apropiado para hombres como Moisés, David, y Pedro, pero que de cierto modo no parecía ser necesario para mí. Mi empuje por el ministerio se desaceleró como un avión F-16 cuando su parte posterior es enganchada por el cable que está sobre la pista de un porta aviones. Y por ello, siempre estaré agradecido. Servir a Dios es un llamamiento santo. El siervo sabio reconoce que la preparación no es ni una pérdida de tiempo ni un umbral que se debe cruzar. Es un estilo de vida, sin importar en qué parte de ese proceso nos encontremos. La cultura occidental enfatiza el impacto por encima de la madurez, lo cual es particularmente relevante para los hombres más jóvenes. Es correcto que nos regocijemos cuando un hombre joven desea servir a Dios en el ministerio vocacional. Pero el lanzar a cualquier persona al ministerio en base a las necesidades de una iglesia o al potencial del individuo, sin una suficiente preparación de ese hombre, equivale a hacerles un daño significativo a todos los involucrados. Jóvenes, tengan mucho cuidado con cualquier oportunidad para el ministerio que no los reta a prepararse antes de lanzarse. No se preocupen de que el tiempo se les esté pasando—nuestro Dios soberano no olvidará ni descuidará la obra que está realizando en ti, o el lugar que está esculpiendo para ti. Recuerden las palabras de Juan Calvino: "En pocas palabras, él nos prepara y capacita para emprender nuestra camino, y por su poder nos dirige hasta el final de la carrera." ' La humildad evita que los deseos de nuestro corazón se conviertan en demandas pecaminosas. Coloca las prioridades de Dios en el primer lugar de nuestras vidas. Examina nuestros deseos bajo la resplandeciente luz de la Escritura y los muestra delante de aquellos que cuidan de nosotros. Es ahí donde esos deseos necesitan permanecer.

¿Qué Hago con mis experiencias?—Providencia y Proceso Raramente tiene un hombre un sentido del llamado sin haber tenido alguna experiencia que valida ese sentido interno. Puede ser un nivel de satisfacción o fecundidad en una esfera particular del ministerio. Puede ser el aliento de los demás. Puede ser un deseo de dedicarse al ministerio o una falta de deseo por hacer cualquier otra cosa que no sea el ministerio. Puede ser una serie de eventos con Dios donde parece ocurrir cierta impartición de una fe y de una visión tangible. Tomados en conjunto, estos eventos e impresiones producen una discernible "carga," una impresión aparentemente divina que te motiva en una dirección específica.

La experiencia, por supuesto, puede ser una guía falible, sujeta a la misma perspectiva limitada y a las mismas propensiones pecaminosas que el resto de nuestras motivaciones. No obstante, sin algunas experiencias confirmatorias, un hombre no asumirá con seriedad el reto del ministerio. Hay dos clases de pruebas importantes en relación a cómo manejar las experiencias, o cargas, que dan forma al llamado: las pruebas de la *providencia* y las del *proceso*.

"Las pruebas de la Providencia . Como el término teológico que describe la soberanía activa y benevolente de Dios en todo aquello que le acontece a un hombre, la providencia une el carácter de Dios y las experiencias de nuestra vida bajo el estandarte de Romanos 8:28: "Y sabemos que para los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien, esto es, para los que son llamados conforme a su propósito."

- ¿Reconoces la mano de Dios el Llamador al haber puesto la carga del llamado sobre tu vida?
- ¿Confías en que el punto de tu vida en el que te encuentras hoy—no importa cuán lejos estés de donde tú piensas que deberías estar—no limita la habilidad de Dios para llevar a cabo su voluntad en tu vida?
- ¿Estás respondiendo con fe a tu situación presente?
- ¿Eres tú conocido como un hombre agradecido?
- ¿Confías en Dios tanto para que clarifique tu llamado como para que te confirme su dirección?
- ¿Estás contento con el proceso en que te encuentras?
- ¿Estás vigilando tu doctrina y tu vida con sumo cuidado (1Tim 4:16), realizando la clase de esfuerzos, tanto en el proceso de santificación como en la intensificación de tu conocimiento doctrinal, que testificarían que estás obteniendo el máximo provecho de esta etapa de tu vida?

Estas son las pruebas de la providencia. Ellas nos enseñan a amar a Dios más de lo que amamos lo que hacemos por Dios. Ellas desalientan la ambición personal, promueven la humildad y la fe, y nos posicionan para recibir gracia.

Las Pruebas del Proceso. Es demasiado fácil para nosotros asignarles a nuestras cargas y experiencias una autoridad que las vuelve intocables y las coloca por encima de cualquier evaluación. Esto no significa que debemos ignorar o rechazar esas cosas, pues ellas pueden ser un medio importante por el cual Dios nos dirige. Pero ellas no son el único medio, y tampoco están investidas de autoridad.

Las cargas y experiencias deben estar subordinadas a un proceso objetivo de evaluación y calificación basado en la Palabra de Dios. La sabiduría ve esas cargas y experiencias como invitaciones a hacer las siguientes cosas:

- *Orar.* ¿Oras tú consistentemente en cuanto a tu llamado? Un paso práctico: Planea retiros personales regulares donde puedas avivar el fuego de tu sentido del llamado y también dejarlo sobre el altar delante del Señor.
- *Busca consejo y evaluación.* ¿Estás tú activamente y consistentemente buscando sabiduría a través del consejo de hombres que te conocen a ti y que también conocen tu sentido en cuanto al llamado? Un paso práctico: Planea reuniones regulares con tu pastor donde tú tomarás la iniciativa para revelar tus debilidades y pecados, e invitarás su crítica y su consejo para tu vida personal.
- *Estudio.* ¿Estás tú profundizando tu depósito teológico a través del estudio sistemático de la sana doctrina y de la teología bíblica? Un paso práctico: Pídele a tu pastor una lista de libros a estudiar, y sométete a un plan para completar esos estudios en cierto período de tiempo.
- *Madurez.* ¿Refleja realmente tu vida, de una manera continua, las cualidades que mencionamos de 1Timoteo y de Tito? Un paso práctico: Busca corrección y el rendir cuentas regularmente con aquellos más allegados a ti, empezando con tu esposa (si se aplica). Como dice Wayne Grudem, "No es opcional el que sus vidas sean ejemplos para que otros los imiten; es un requisito."
- *Pon orden en tu hogar.* A menudo la senda hacia el llamado es una senda de sacrificio, donde un hombre debe vivir en escasez y flexibilidad. ¿Estás tú posicionado en la vida de tal forma que

estás dispuesto a hacer sacrificios con tal de seguir tu llamado? Yo conozco a un número de hombres, por ejemplo, cuya capacidad para actuar si se presentara una oportunidad, ha sido bloqueada por un endeudamiento excesivo. Un paso práctico: Paga todas tus deudas hasta donde te sea posible, y permanece así, libre de deudas.

- *Persevera pacientemente.* ¿Estás más comprometido a esperar en Dios para que te traiga al ministerio que a aferrarte a la siguiente oportunidad razonable que surja? Un paso práctico: Prepárate para tener éxito en alguna otra vocación, para que no dependas del ministerio para poder sobrevivir en esta vida.

Estas pruebas de proceso nacen de la experiencia y de la sabiduría bíblicas. En el fondo, ellas logran una cosa sencilla. Nos mantienen en la senda de justicia, de tal modo que le podemos confiar el destino final a Dios. Un llamado al ministerio es curioso debido a lo anterior. Tú llegas ahí a través de buscar otras metas, más importantes. Sólo pregúntale a Andy. Andy nunca se sintió llamado a hacer algo más que servir. Cuando lo conocí por primera vez, él estaba sirviendo en colocar y quitar todo lo necesario para nuestros servicios de los Domingos por la mañana en el auditorio rentado de una escuela preparatoria. En realidad, aquellos primeros ocho años, él desempeñó más funciones que las que puedo recordar. Pero al transcurrir año tras año, Andy sirvió sin cesar, con fidelidad y en el anonimato. Al paso del tiempo, él empezó a ocupar puestos de mayor responsabilidad. Él no tenía un sentido de estar llamado al ministerio vocacional, sino simplemente a servir a su iglesia local. Él dirigió un grupo pequeño, y su efectividad en eso lo condujo a otras responsabilidades que implicaban cierto liderazgo. Él se convirtió en un hombre a quien los demás, yo mismo incluido, buscaban para recibir consejo sabio. Sin embargo, su servicio a la iglesia nunca lo hizo comprometer la prioridad de su matrimonio o de su familia. Andy amaba a su esposa y dirigía bien a sus hijos. Cuando la idea del ministerio le fue presentada a Andy, él se sorprendió visiblemente. Después de todo, sus "deseos" eran simplemente el servir; él jamás se imaginó que su servicio pudiera hacer avanzar esa posibilidad. Andy aun no entendía que aunque él mismo no se había preparado para el ministerio, Dios sí lo había preparado. Andy pasó un tiempo considerando su llamado al ministerio pastoral. Mientras tanto, un coro de voces apareció, alentándolo hacia esa noble tarea. Entonces Dios tuvo un encuentro con él mientras oraba, y así conectó el llamado interno con la confirmación externa. Eso ocurrió hace once años. Hoy, Andy es bien conocido tanto dentro como fuera de nuestra iglesia por su habilidad para pensar, hablar y escribir de maneras que proveen un genuino cuidado pastoral. Y sin embargo Andy no vino al ministerio por medio de esforzarse por alcanzarlo. Él simplemente sirvió ahí donde se encontraba, completamente ajeno al hecho de que Dios estaba involucrado en la tarea de construir un pastor. Para algunos, el llamado se siente como algo cierto y pleno, un latido constante que ejerce influencia sobre sueños y decisiones. Para otros, es un amanecer lento, a medida que Dios obra en el hombre antes de revelarle su intención a ese hombre. Pero en cada caso el proceso es el mismo. Ningún hombre alcanza el ministerio por medio de perseguir su ambición. Lo alcanza por medio de buscar la gloria de Dios.

Eso es lo que Andy hizo, y por ello estoy muy agradecido. No sólo porque Andy sea un pastor en nuestra iglesia. Sino porque Andy es mi pastor.

¿Qué Hago Mientras Espero?—Perseverancia y Fe Al preparar este folleto, me ha causado sobriedad el darme cuenta de que, sin lugar a dudas, hasta cierto grado, será un instrumento de tristeza.

Pues algunos hombres lo leerán y con tristeza se percatarán de que no han recibido el llamado al ministerio vocacional. Otros, quienes pensaban estar muy cerca del llamado que por tanto tiempo han deseado, descubrirán un abismo de falta de experiencia, deficiencia de carácter, o independencia. Y algunos de ustedes reconocerán que Dios en su providencia ha determinado que, para ustedes, ese abismo sea permanentemente insuperable. A ustedes, caballeros, les digo gracias por amar a Dios lo suficiente como para explorar el llamado hasta este punto. Hay mucho fruto que podrán rendir en los otros llamamientos que Dios ha puesto en ustedes. Persíganslos con fe, diligencia y humildad, y sus vidas traerán mucha gloria a Dios.

Con todo, confío en que también habrá gozo y esperanza aquí para algunos de ustedes. Porque en el caso de todo hombre que ha sido realmente llamado, el abismo eventualmente será cruzado. Yo he tratado de brindarles algunas maneras de trabajar en ese puente, pero sólo Dios puede determinar el tiempo de su culminación. Hasta entonces, amen a Dios. Sirvan a los demás. Profundicen su doctrina. Inviertan en su iglesia local. Crezcan en gracia. Y déjenle el resto a Dios. La prueba suprema del hombre llamado consiste en determinar si desea el avance del evangelio más que el avance de su propio ministerio. Esta es la prueba diaria y constante del hombre llamado. Y él la pasará, de una manera final y definitiva, solamente cuando pase de esta tierra a estar con el Salvador, quien lo llamó y lo hizo fiel a ese llamado.

Un hombre humilde está dispuesto a que su nombre y sus dones sean eclipsados, a fin de que la gloria de Dios sea incrementada. Él está contento con brillar menos que otros en cuanto a dones y estima, a fin de que la corona de Cristo pueda brillar con mayor intensidad. Este es el lema del hombre humilde: "Que yo disminuya; que Cristo aumente." Su deseo es que Cristo sea exaltado, y si esto sucede, sea quien sea el instrumento, él se regocija. "Algunos predicaban a Cristo por envidia" (Fil 1:15). Ellos predicaban para llevarse a algunos de los oyentes de Pablo. "Bien," dijo él, "Pero Cristo es proclamado; y en eso me regocijo" (v 18).'

El Llamador ha hablado. Su llamado resuena con claridad. Que esta pequeña contribución ayude a la Iglesia a dar a luz a aquellos que usarán el llamado para exaltar al Llamador.

Notas

1. El concepto de El Llamador se lo debo a Os Guinness, quien hace una referencia indirecta a Dios como "Llamador" en su libro, *The Call: Finding and Fulfilling the Central Purpose of Your Life* (Nashville, TN: Word, 1998) p 93.
2. Sinclair Ferguson, *The Christian Life: A Doctrinal Introduction* (Edinburgh, Scotland: Banner of Truth, 1977) p 33
3. Wayne Grudem, *Bible Doctrine: Essential Teachings of the Christian Faith* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1999) p 296
4. Charles Spurgeon quoted in John Piper, *The Pleasures of God: Meditations on God's Delight in Being God* (Portland, OR: Multnomah, 1991) pp 125-126
5. Edmund P. Clowney, *Called to the Ministry* (Phillipsburg, Nj: Presbyterian & Reformed, 1964) p 5

6. Os Guinness, *The Call*, p 31
7. Juan Calvino, *Acts*, *The Crossway Classic Commentaries*; Alister McGrath, and J.I. Packer, eds. (Wheaton, IL: Crossway, 1995) p 208
8. D.A. Carson, *The Cross and Christian Ministry: An Exposition of Passages from 1 Corinthians* (Grand Rapids, MI: Baker, 1993) p 10
9. A.W. Tozer, quoted in *God's Little Instruction Book for Dad* (Colorado Springs, CO: Honor Books, 1994) p 31
10. R.C. Sproul, "Running the Race Before Us," *Tabletalk* (date uncertain) p 7
11. Charles Spurgeon quoted in *Spurgeon at His Best*, compiled by Tom Carter (Grand Rapids, MI: Baker, 1988) p 32
12. John R.W. Stott, *The Message of Ephesians* (Leicester, England: InterVarsity, 1979) pp 26-27
13. Elton Trueblood quoted in Bill Hull, *The Disciple-Making Pastor* (Old Tappan, NJ: Fleming H Revell, 1988) p 19
14. Richard Baxter, *The Reformed Pastor* (Portland. OR: Multnomah, 1982) p 69
15. "George Barna realizó una encuesta de pastores principales de varias denominaciones. Cuando se les preguntó si ellos creían poseer el don espiritual de liderazgo, solo el 6% respondió que sí. El hecho de que el 94% de los pastores principales encuestados no creyeran tener el don para ser líderes puede explicar el sentido de desesperación que muchos líderes de iglesias expresan al examinar su ministerio y su efectividad presente."
16. Henry and Richard Blackaby, *Spiritual Leadership* (Nashville, TN: Broadman & Colman, 2001) p 31
17. Edmund P. Clowney, *Called to the Ministry*, p 28
18. D.A. Carson, *A Call to Spiritual Reformation: Priorities from Paul and His Prayers* (Grand Rapids, MI: Baker, 1992) pp 82-83
19. Murray J. Harris, *Slave of Christ* (Leicester, England; Apollos, 1999) pp 135, 138
20. Henry and Richard Blackaby, *Spiritual Leadership*, p 273
21. Las palabras citadas aparecían en www.ulc.org hasta el 3/21/05
22. Lamont, Stewart, y Bob, así como Armand, Stanely, Rocco, y Norm, todos los cuales aparecen más adelante en este folleto, son personajes ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es casual e involuntaria. En la iglesia donde yo sirvo, el diaconado libera al ministerio apostólico y pastoral para que este se pueda involucrar en tareas más estratégicas (oración y ministerio de la Palabra) por medio de servir a y cuidar de la iglesia. Los diáconos son asistentes de, no sustitutos de los ancianos. "Tenemos una tendencia a pensar que los estándares bíblicos para los diáconos requieren un menor cumplimiento que los estándares bíblicos para los ancianos. Pero eso es un grave error." Alexander Trauch, *The New Testament*
23. Deacon (Littleton, CO: Lewis and Roth, 1992) p 104
24. Ver 1 Corintios 12 y Romanos 12:3-8
25. Joel Nederhood, "The Minister's Call" *The Preacher and Preaching: Reviving the Art in the Twentieth Century*, ed. Samuel T. Logan, Jr. (Phillipsburg, NJ: Presbyterian & Reformed, 1986) p 39
26. George Herbert citado en Charles Bridges, *The Christian Ministry: Con una Investigación de las Causas de su Ineficiencia* (Edinburgh, Scotland: Banner of Truth, 1991) p 62
27. Jeff Purswell, Decano del Colegio de Pastores de Sovereign Grace Ministries, en su mensaje, "¿He sido Llamado?" Unos pocos puntos que aparecen en este folleto han sido extraídos de porciones del

- folleto de Dave Harvey, "Polity: Serving and Leading the Local Church," *Perspectivas: Reflections on Doctrine and Practice in the Local Church*, No 2, March 2004 (Gaithersburg, MD: Sovereign Grace Ministries, 2004). Las ideas de esta sección, en particular, fueron tomadas de las pp 13-14.
28. John MacArthur, Jr., "Preaching" en *Rediscovering Pastoral Ministry*, John MacArthur, Jr., ed. (Dallas TX: Word, 1995) p 250
29. "Yo no creo que hay un don de "predicación" incluido entre los dones espirituales de cualquiera de las 'listas de dones' que aparecen en el Nuevo Testamento... 1 Pe 4:11 habla del don espiritual de laicón, 'hablar'. Pero yo pienso que este es un don general para describir toda una categoría de 'dones que tienen que ver con hablar'—enseñanza, evangelismo, exhortación, etcétera." Timothy Keller, "A Model for Preaching, Part 3: The Personal Aspect," *The Journal of Biblical Counseling*, Vol 13, No 2, Winter 1995, 9 52
30. Mat 4:17; Mar 1:14; Luc 4:43; Hch 14:21; 1Cor 1:17-25; 1Tim 4:13-14; 2Tim 4:1-4 por mencionar solo unos cuantos pasajes.
31. John Piper, *Pastoral Care: Purpose & Providers*, Audiotape of message given at Bethlehem Baptist Church, February 22, 1987, Cassette.
32. Darius Salter, *What Really matters in Ministry: Profiling Pastoral Success in Flourishing Churches* (Grand Rapids, MI: Baker, 1990) p 109
33. Alexander Strauch, *Biblical Eldership: An Urgent Call to Restore Biblical Church Eldership* (Littleton CO: Lewis & Roth, 1995) p 149
34. James M. George, "The Call to Pastoral Ministry," in MacArthur, ed., *Rediscovering Pastoral Ministry*, p 114
35. John MacArthur, Jr., quoted in Strauch, *Biblical Eldership*, p 70
36. Strauch, *Biblical Eldership*, p 188
37. Charles Spurgeon quoted in Fred Smith, *Learning to Lead* (Waco, TX: Word, 1986) p 23
38. www.netword.jesusanswers.com la página principal el día 9 de Feb del 2005 contenía esta cita como tal: D. Martín Lloyd-Jones, quoted in the *Banner of Truth*, Ago/Sep 1986.
39. John MacArthur, Jr., "The Character of a Pastor," en MacArthur, ed., *Rediscovering Pastoral Ministry*, p 91
40. Bridges, *The Christian Ministry*, p 90
41. *Ibid.*, p 94
42. John Piper, "Is There Such a Thing as a Call to the Pastorate?" (un documento publicado por Bethlehem Baptist Church), Minneapolis, MN, 19 de Septiembre 1986.
43. Bridges, *The Christian Ministry*, pp 91-92 "Nuestra autoridad se deriva conjuntamente de Dios y de la iglesia—es decir, originalmente de Dios—confirmada por el conducto de la iglesia. El llamado externo es una comisión recibida de y reconocida por la iglesia, de acuerdo a las sagradas y primitivas enseñanzas; lo cual en verdad no califica al Ministro, sino que acredita a aquel a quien Dios ha calificado interna y adecuadamente. Este llamado, por lo tanto, comunica solamente autoridad oficial. El llamado interno es la voz y el poder del Espíritu Santo, encaminando la voluntad y el discernimiento, y otorgando capacidades personales. Ambos llamados, sin embargo—aunque esencialmente distintos en su origen y carácter—son indispensables para el ejercicio de nuestra comisión."
44. George Whitefield, quoted in Luke Tyerman, *The life of George Whitefield* (Azle, TX: Need of the Times, 1995)
45. p 40

46. Oswald Sanders, citado en Blackaby, *Spiritual Leadership*, p 88
47. Shakespeare, *The Life of king Henry VII*, Act 3, Scene 2
48. Jonathan Edwards, *Charity and Its Fruits*, (Carlisle, PA: Banner of Truth, 1998) p 157
49. Eli Stanley Jones, en www.worldofquotes.com
50. C.H. Spurgeon quoted in L. Drummond, *Spurgeon: Prince of Preachers* (Grand Rapids, MI: Kregel, 1992) p 200
51. Thomas Watson, *The Art of Divine Contentment* (Morgan, PA: Soli Deo Gloria) p 223
52. C.H. Spurgeon, "The Prayer of Jabez," sermon no. 994, predicado en el Metropolitan Tabernacle, Newington.
53. www.spurgeon.com/sermons/0994.htm
54. John Owen, *Sin & Temptation*, James Houston, ed. (Portland, OR: Multnomah, 1983) p 132
55. David Powlison, *Seeing Through New Eyes: Counseling and the Human Condition Through the Lens of Scripture* (Phillipsburg, NJ: P&R, 2003) pp 149-150
56. Edwards, *Charity and its Fruits*, pp 138-139
57. J. Robert Clinton, *The Making of a Leader: Recognizing the Lessons and Stages of Leadership Development* (Colorado Springs, CO: NavPress, 1988) p 33
58. John Calvin, *Commentaries on the Epistle of Paul the Apostle to the Hebrews*, Calvin's Commentaries (Grand Rapids, MI: Baker, 1999) p 312, y en http://www.ccel.org/c/calvin/comment3/comm_vol44/htm/xviii.htm
59. Wayne Grudem, *Systematic Theology: An Introduction to Biblical Doctrine* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1994) p 916
60. Thomas Watson, *The Godly Man's Picture* (Edinburgh, Scotland: Banner of Truth, 1999) p 81